

## **Comentarios**

**Tamara Domenech**

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.  
Comentarios sobre arte, vida, paseos, afectos. 2020.

Domenech, María Tamara  
Comentarios / María Tamara Domenech. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2020.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: online  
ISBN 978-987-86-4261-1

1. Relatos. 2. Literatura Argentina. I. Título.  
CDD 808.883

## Christian Ferrer en CIA

Ayer, 1 de Octubre de 2019, asistí a la charla “Personas solas contra el mundo. Actos éticos de resistencia en tiempos de fascismos y totalitarismos” que dio Christian Ferrer en CIA.

Hacía 7 años que no iba desde que fui becaria, en el 2012.

Me gustó el barrio en el que está la nueva sede, el edificio, el ascensor y el espacio, paredes pintadas de tonos claros, rosas, verdes y amarillos.

No sé si recuerdo bien, vi esos colores, ventanas y puertas que comunicaban un espacio con otro, no sé si estaban o fueron abiertos después, a propósito.

Me pareció hermosa una idea naturalizada, que un espacio tuviera una puerta y una ventana que, a su vez, se comunicara con otro: un hall, un pasillo, una barra, especie de living, lugar común para luego regresar o ir hacia un espacio más personal.

Lo que digo es una obviedad pero ayer esta obviedad me hizo pensar en la necesidad de construir, prefabricar, dibujar aberturas por las que salir al encuentro de otros y, recién después, regresar solo a una habitación.

Tener la experiencia de la intimidad en un espacio común, eso me pasó después, cuando me senté en una silla que estaba dispuesta, junto con otras, en un salón en el que entrábamos más o menos ¿50 personas?

Y había una pantalla que siempre estuvo blanca, una mesa pequeña con una lámpara que enfocaba los papeles y los anteojos de Christian Ferrer.

El resto estaba oscuro, no sé si CF nos veía, de qué manera, quizá algún que otro ojo reflejado, el cristal de otro antejo, un lápiz, un celular, no sé.

Lo que sí sé es que éramos un grupo que había ido a escuchar una charla pero no fue una cualquiera, sino más bien un acontecimiento, en el que, previamente, me imagino, se pensó en las condiciones materiales que requiere la posibilidad de una escucha:

¿es mejor que la sala esté iluminada o a oscuras?

¿qué haya micrófono o que la voz del invitado se exprese sin amplificaciones?

¿las puertas se dejarán abiertas o cerradas?

Entonces pasó algo que nunca viví.

Una charla brindada, en torno a preguntas, se convirtió en una clase narrada, como si CF hubiese ido hasta ese sitio para contarnos un cuento en voz alta que, en realidad, era baja por la falta de micrófono o por decisión.

Fue una transportación a otra época, pasada y futura a la vez, en la que la atención requerida no sólo se disponía al contenido de lo que se decía sino a cómo se iba diciendo, el transcurrir de las palabras.

Y pensé en la importancia del cuerpo de quien emite una experiencia, un saber, una anécdota, la candidez que se precisa, la humildad que expresa la persona sentada, dispuesto a compartirla con otras.

Se inauguró, ayer, para mí un género que cruza, enhebra, abraza la clase magistral y cualquier cuento contado por mi padre, mi madre, mi abuelo.

Una literatura narrada, silencio, foco, lamparita de lo que queremos compartir nos encante y encanta.

Cada detalle condensaba una fragilidad vital: la voz, el cuerpo, qué hacemos o dónde van a parar la cantidad de papeles que escribimos, muchas veces, porque sí.

Y cuando terminó ¿la función? ¿el recital? ¿la oración? tomé un taxi para regresar a casa. La verdad es que no quería hablar pero el taxista me convenció.

Él quería contarme que estaba en Buenos Aires porque se había quedado sin trabajo en una empresa de transporte, en Córdoba. Que él trabajaba 12 horas y las otras 12 el hijo mayor. El resto de los hijos que son 6, además de 11 nietos, los había ido a visitar el fin de semana y, en breve iría otra vez por el cumpleaños de un año de un nieto y el cumpleaños de 15 de su nieta más grande.

Cuando llegué, calenté la comida y pensé también, en cómo enmarcar un acontecimiento increíble que había vivido a la tarde:

un policía mató de 15 balas a un ladrón que llevaba un cuchillo, que por lo que cuentan los vecinos, lo llevaba para robar un pedazo de carne.

Carpas, autos, ambulancias, patrulleros, la policía federal y la científica analizaron los destellos de la muerte frente a mi casa. El charco de sangre que había visto antes de ir a la charla de CF, en quién limpia, cómo y con qué, la calle, si una imagen no se puede borrar de quién la miró.

Entonces, antes de irme a dormir, la retuve con la certeza de que es de donde nacen las palabras. Líneas invisibles debajo de nuestros pies por donde caminamos.

Que crean una constelación de motivos para compartir una profunda conversación que nunca se graba.

La literatura compuesta por epígrafes comentarios sobre de la importancia de la existencia de una pregunta, un trabajo respecto a qué función queremos dar, con quiénes, para quiénes.

Como me pasó hoy en CIA escuchar una charla cuento pese y contra a la muerte, qué hacer con otrxs que tenemos al lado, mientras hacemos tiempo, pensar, a partir de qué palabras mancomunarnos.

## Clase Particular

Nunca había dado clases particulares hasta el año pasado. No sé bien por qué, me resistía a un trabajo que requiere, justamente, un modo singular de abordaje. No es una clase destinada para treinta o cuarenta personas. Es una para una sola que, de entusiasmarse, pedirá más.

En este sentido, el año pasado a Julieta le di clases de Lengua y Literatura, leímos, analizamos y comentamos tragedias; a Santiago le di técnicas de escritura académica; corregimos un libro destinado a estudiantes de doctorado con Raquel. Y así hasta fines del año pasado que me llamó Javier, un conocido de una amiga que me pidió si lo podía ayudar a pensar qué género escribía, el método de trabajo que tenía y si los textos eran publicables o no.

Con él comienzo otro año de trabajo.

Al leer su correo le propuse: juntarnos para leer en voz alta sus escritos.

Luego elegir uno de ellos.

Pensar el contexto de ese libro. Es decir, saber si se publicaron o no libros similares, en cuanto a la temática y el abordaje, de qué autores, desde qué punto de vista fueron contruidos, qué historias tratan, a partir de qué criterios.

Por otra parte, pensar el método de trabajo que tiene, si se relaciona o no con lo que desea alcanzar. En qué momentos escribimos, cada cuánto, cuánto tiempo, cuándo editamos, corregimos, ¿compartimos lo que escribimos?, por qué sí, por qué no, por qué no sabemos, con quiénes compartimos lo que escribimos, qué devoluciones tomamos y cuáles no tenemos en cuenta, ¿escribimos por deseo, necesidad, obligación, por placer?, ¿hay placer sin obligación?, ¿hay deberes que no creen momentos sutiles, blandos, caricias?

Y por último, analizar las posibilidades de los textos, la obra en cuestión. Qué queremos decir, cómo decirlo, con qué recursos, cómo inventarlos, andarlos, compartirlos.

El punto de inflexión de la escritura. El modo personal de mirar. La interfaz entre el mundo y un yo.

Una vez que cito a una persona para ponerme a trabajar, primero siento vértigo: qué le voy a decir, cómo voy a encarar la clase, qué ejercicio hacer, cómo hacer una devolución haciendo que la otra persona se sienta segura, confíe para dudar. ¿Podríamos dudar hasta del profesor en un espacio en el que el poder es ejercido para humillar? Yo creo que no. Pero también creo que hubo y hay cientos de espacios en los que el poder se ejerce de este modo. En cambio de sintonizar con el corazón del otro, un cuerpo.

Mañana será la primera clase que tenga con Javier. De los tres textos que envió, miré uno, en el que me pareció hay una enfermedad, veremos de qué tipo, si es tabú o no, como en cualquier momento histórico, de algunas se habla, de otras no, de algunas desde la medicina, de otras desde la autoayuda, cuáles desde la poesía, la novela, la pintura, el cine, el teatro. Abrimos un espacio de relación.

Los libros que separo de mi biblioteca son: Orbis sensualium pictus de Comenius, La proyección en el mapa de Julia González, Dirección de escape de Coca Trillini, Hospital Británico de Héctor Viel Temperley, Cuadernos y Cartas de Rodez de Antonin Artaud. Espero que a Javier le gusten. Quizá ya los conozca. Quizá no.

Y que, presentárselos, no sea hostigarlo. Que defendamos un tiempo y un espacio, parecido a estar sentados sobre un tronco caído en un bosque después de una tormenta, contemplemos el paisaje hasta que se pronuncie su voz.

## **Cosas que entran en un corazón de madera**

Una cajita negra circular, de tres centímetros de diámetro, aproximadamente, con una tapa esmaltada blanca y tres flores, una lila, la otra violeta y una naranja claro.  
Otra más grande, de cinco centímetros de diámetro, con una base violeta y una tapa pintada a mano. Una casa de dos pisos, antigua, un gato y el cielo estrellado.  
Una botella de vidrio pintada con un sol y unas montañas naranjas y rojas, cerrada con un corcho diminuto y una cinta amarilla.  
Un hongo de madera rojo y naranja.  
Un muñeco blanco con un corazón azul.  
Otro, con un enterito lila y un gorro rosa, parado en un semicírculo parecido a la luna.  
Un marinero con los ojos tristes.  
Un reloj de plástico color naranja que al tirar de una cuerda suena música.  
Un par de aros rojos de lata.  
Un collar de cuero.  
Un payaso relleno de pluma, con los ojos cerrados y una boa rosa.  
Charles Chaplin hecho en miniatura negra y rosa.  
Un espejo con la forma de una paloma.  
Un paisaje color pastel sobre una cartulina color piel.  
Una caja de vidrio con chocolates impresos.  
Una mariposa de madera para colgar del techo.  
Una foto. Dos retratos. A los cuatro y a los ocho años.  
Un libro de cuentos.  
Un libro de fotos.  
Un libro que reúne periódicos.  
Una revista con un póster.  
Un escombros. Una chapita oxidada.  
Acuarelas. Acrílicos. Óleos.  
Una muñequita verde dentro de una cajita de fósforos.  
No sé si falta algo más. Tendría que ponerme a hurguetear.  
Mi padre. En algunos cumpleaños.  
Cuando me recibí.  
Cuando me casé.  
Nacieron mis hijos.  
Perdí un bebé.  
Mi hija enfermó.  
No faltó a la foto. Llegó.  
El resto del año. De los días. Nunca uno, igual, al otro. No nos vimos. Fueron tantos que perdí la cuenta.  
El tiempo vivo parece desenredarse de presentes, envoltorios, tarjetas y moños.  
Pienso en una repisa con la forma de un corazón de madera para albergar estos tesoros que hacen a la educación emocional de una persona. Un corazón que, sin latir, guarda colores y formas, crean seres que vienen a visitarme por él y les mandan mis mensajes.

## El camino de las flores

Me dirijo hacia una entrevista de trabajo en una universidad para la cual: desde mi casa tengo que tomar el colectivo 110, bajar en Av. Nazca, caminar hasta la estación Beiró del tren Urquiza, hasta la última estación, que se llama General Lemos, esperar un micro que pasa, especialmente, hacia la universidad y caminar dos cuadras. Un anciano toca la melodía de “La gallina turuleca” con una trompeta, hombres y mujeres venden chipá, piden ayuda, dejan pañuelos sobre las faldas, sus ojos no se resignan. Los nombres de las estaciones se suceden rápido y, en su mayoría, aluden a tenientes, coroneles, libertadores por la cercanía de la universidad con campo de mayo, un territorio militar, en el que se atesoran guarniciones, se ejecutan despliegues de operaciones especiales y funcionó el centro clandestino de detención “El Campito”, luego de la última dictadura militar.

De todas las estaciones recuerdo “Tropezón”.

Al descender, observo que los kioscos, bazares y tiendas de ropa venden productos relacionados con la guerra: pistolas, ametralladoras, uniformes caquis, cantimploras.

Un hombre, al que le pregunto sobre la parada del micro universitario, me guía hasta el ingreso porque él también se dirigía hasta allí.

Una universidad descentrada provoca una constelación de esperanzas. Yo también la tengo con esta entrevista. Tomo un café y me dirijo al edificio de Recursos Humanos. Una mujer, a la que le pregunto si estaba en el lugar correcto, con un tono alto y ligero, contesta: esperá, es por allá, a la derecha. Y después de esperar un rato, aparecen dos hombres para que les cuente mi experiencia y el programa que había armado para una materia. No dejo de relacionar el verbo armado con la armada, las palabras surgen por asociación, a partir de una situación vivida, en un determinado contexto. Al finalizar la exposición les pregunto, qué días se daría la materia, cuántas horas y cuáles serían mis honorarios. Me contestan que el proceso de selección no culminó, que me citaron junto con otros docentes para ver quién tiene mejores antecedentes para un cargo suplente porque la profesora que estaba quiso tomarse “un año sabático”. Son 8 horas semanales, saliendo a las 10 de la noche, llegaría a mi casa a las 12, por 10. 700 pesos. Me voy con esta idea y con la respuesta de uno de los entrevistadores: entrarías con el sueldo de una “simple interina”.

Antes de irme, quiero agarrar del piso un pasto recién cortado para pegarlo en mi cuaderno de viajes pero desisto porque, aunque quede seleccionada, dudo volver. Y no me gusta quedarme con algo que no vaya a estar con otros, al cabo de un tiempo.

Pienso en la palabra comunidad, de profesores, desempleados, estudiantes, pastos recién cortados a la vera del camino, a la espera de que alguien los barra, los deposite en una bolsa y nunca más vuelvan al lugar donde los sacaron y en una comunidad de flores. Las que vi en el camino de ida y enseguida estaba por volverlas a ver, fueron: rosas chinas rosas, rojas, flores rosadas de palo borracho, madreselva y jazmines del cielo. Vi tantas como una manifestación y agradecí la perspectiva antropológica que requiere, por parte del gobierno, grupos vecinales o simples familias, el hecho de plantar para decorar y que otros nos detengamos en colores vivos sobre dimensiones abandonadas. Trabajar y buscar

trabajo requiere un esfuerzo enorme. Quiero imitar el movimiento de las plantas hacia miles de direcciones a la vez.

## Las veces que dije No

Dejé de ver a las personas que me convocaron a ser parte de dos proyectos.

En el año 2016, se hizo una muestra en el centro cultural del bicentenario que se denominó Casa Tomada, la misma consistía en que distintos artistas y/o colectivos de artistas, “mudaran” sus talleres para exhibir su forma de trabajar para que el público tuviera conocimiento de ello. Cada uno cobraba un sueldo porque el arte es un lujo o ¿un derecho? ¿Un trabajo? ¿Un modo, entre tantos, que asume la resistencia respecto de condiciones materiales y simbólicas de existencia? Para mí es todo a la vez. En esa oportunidad, uno de los artistas que cobraba un sueldo me ofreció el espacio que tenía para que realizara alguna actividad. Y así lo hice porque, justo, estaba buscando lugar para presentar dos libros de Ediciones Presente. Hasta ahí nos cerraba a los dos. Él cobraba, yo no cobraba, aún generando contenido para su muestra pero en ese momento fue más importante el hecho de haber encontrado un sitio para dar a conocer los títulos que habíamos publicado. Al año siguiente, me convoca el mismo artista, a quien estimo mucho, a él y su obra para que organizáramos un ciclo de lecturas a ser desarrollado en el mismo centro cultural. Y dije: contarás conmigo para leer en tus proyectos independientes pero de realizar una lectura en un espacio público cobraría porque, de lo contrario, estaría trabajando gratis para vos.

El arte y El arte, La amistad y La amistad, El arte y La amistad quizá sean duplas que, a veces, funciona y, otras, no. ¿Como una pareja? En un campo tan complejo como el artístico, creo que para pisar fuerte y no pisar al otro, hay que tener algunos cuidados. Estamos acostumbrados a que los artistas no cobremos por lo que hacemos, es más, tengamos que pagar el flete, el taxi, los materiales de producción y hacer la prensa con tal de que nuestra obra sea ¿vista, vendida, exhibida? Lo único que sé es que no estuve dispuesta, a partir de ese momento, a hacer cualquier cosa para exhibir-me. En un centro cultural, sin ir más lejos, cobra el curador, el director, los montajistas, el personal de seguridad, maestranza, administrativo. ¿Y los artistas? ¿Qué pasaría con los espacios si los artistas se rehusaran a trabajar gratis? ¿No será que esos sueldos se pagan con el dinero que no se contemplan para nosotros? ¿Por qué sostener un estado tan desigual entre las personas, por qué sostener semejante injusticia en relación, además, a lo que cada uno muestra, unos, un lenguaje técnico? ¿Y otros, nuestros dolores? ¿Interpretaciones? ¿Afecciones?

Qué significa ser artista. En mi caso, dejarme atravesar por un punto de vista particular. Un punto roto que recobra una importancia hasta saturarla de sentido, aquello que no lo tenía, que estaba abajo, justamente del pie de otro, se levanta. Entonces, para mí, desde el arte se puede repensar y reaccionar desde un lugar distinto al del poder, la convivencia, la interacción, el día a día. No es aleccionamiento, sumisión, estilo pintoresquismo. Sino conversación, historia, amor en práctica. El problema con la ideología es material, es práctico. Por eso yo dudo cuando me entusiasmo charlando sobre algún tema. Porque no es lo mismo pensar que actuar, es una locura, ya lo sabemos leyendo libros increíbles en un sistema económico que aterra pero, quizá, tengamos que pensar esas tensiones, como personas, no sólo como artistas para dar vuelta como una media las realidades que se conforman con palabras lúcidas y recaen en un conformismo que nos arrasa.

A esta persona que admiro y respeto tanto su obra, no la volví a ver porque dije que no a la realización de un tinglado de relaciones económicas que tambalearon nuestras miradas. La otra situación en la que dije no, fue en un centro cultural de la memoria. Nos convocaron para hacer una instalación efímera con unas máscaras, producto de una idea que el curador tenía sobre un proyecto que ya habíamos realizado, que no tenía que ver con una instalación sino con ejercicio dentro de un aula. Además, se nos pedía, de manera literal, que “convocáramos a los estudiantes” de una escuela de escasos recursos económicos para que leyeran sus producciones, en el marco de una muestra más amplia. Lo que nos ofrecían a cambio, era una cifra de dinero diminuta a cobrar, pasados los seis meses y la posibilidad de vender nuestras publicaciones. Al principio, me gustó la idea de ser convocados. A quién no le gusta ser tenido en cuenta. La cuestión es de qué modo soy o somos tenidos en cuenta. Y ahí el problema es ideológico, dogmático y político. En primer lugar, ¿cómo puede ser que una muestra sobre “otrxs” se sostenga en base a la explotación de esas mismas personas? ¿De dónde saldría el dinero para los viáticos, qué les daríamos de comer, cobrarían algo por su lectura? Respecto a nosotros, ¿quién pagaría el trabajo de organización, gestión y producción para exponer las voces del colectivo? Entonces vi cómo la cadena de valor ahorca al que ya está en aprietos. Por qué uno hace lo que hace, con qué sentidos, a partir de qué valores, qué tipo de prácticas nos mueven. Y, enseguida, desistí, diciendo algo así como gracias por la invitación pero no participaremos, queda la puerta abierta para futuras posibilidades de encuentros ¿más sanos? Quizá. Las relaciones de poder así planteadas, yo creo que enferman. A mí me enfermaron en otros trabajos. Unos te hacen saber que están arriba y vos abajo. Me pregunto, si una institución pública no cuenta con recursos suficientes para convocar a los artistas, ¿cómo puede ser que encima les impongan exigencias? ¿Cómo puede ser que los artistas, a cambio de un reconocimiento, una exhibición no pongamos límites en relación a qué estamos dispuestos o indispuestos a ofrecer por un espacio? ¿Cómo podemos suponer que otros van a defender singularidades propias en un determinado campo? Dicho todo esto, agrego además, que descreo de los conceptos tan caros en términos históricos de pureza, autenticidad, distancia. Para reflexionar sobre otros, en primer lugar, somos nosotros los que tendríamos que volvernos extraños en relación a lo que vemos, cómo, por qué y para qué. Entonces no hace falta traer un espécimen lejano para pensarnos. Como si fuera un zoológico. No hace falta ver para pensar. Eso lo sostuvo el positivismo, si no lo veo no lo creo y yo creo al revés. Para creer hay que crear, confiar en que otros vieron, desconfiar, matizar o radicalizar esas yergas. Para ver tenemos que vernos como sujetos en la historia, nuestras palabras no son en vano, cualquiera que digamos o no digamos en un espacio público, financiado por todxs, constituye una pronunciación. Retomo lo que decía más arriba, que el problema es dogmático y político, que las cosas sean así, que sea costumbre tendría que constituir el punto de inflexión de las instituciones y cómo llegar a plantar una posición, otra, sino es a través de la política, en tanto herramienta que metamorfosea una situación de desventaja. Ninguna palabra es inocua. Uno puede asistir a una fiesta como invitado principal o de relleno. Están los actores y los contratados para reírse. Pensar así al arte es una pena. Quizá si nos mezcláramos al punto de embarrarnos y, si en vez de que otros vinieran a limpiarnos, nos tuviéramos que limpiar, sería diferente.

## Otra vida

Esta novela y serie de pinturas y objetos está compuesta por los siguientes personajes: una ventana, una maestra, un padre, una madre, un hermano, una remera, un camino, una amiga, un árbol y hojas dentro de una carpeta. Con estos personajes dialogó, muchas veces en silencio, la protagonista principal. No quise constituirla como un personaje autónomo, un personaje más, sino que su voz se mezclara, como ocurre con la pintura en el agua que tiñe, decolora, mancha y moja a los demás. Son los otros, justamente, los que no pueden asignarle un lugar específico, lo llevan, la llevan, en tanto voz consigo.

Mientras la escribía se me ocurrió denominar a este procedimiento “realismo divino”, en tanto que en muchas ocasiones el dolor no es comprendido por las personas, tal cual necesitan los personajes. Por ende, lo que ocurre, a veces, es que sean los objetos los que atestiguan, atienden sin entender lo que les pasa. En este sentido, se me ocurrió endiosarlos, volverlos divinidades a las que uno les pide, les comparte, charla, penetran una incompreensión.

Pienso, en una situación extrema, un divorcio vuelto un expediente en un juzgado, el amor, la manutención, ¿las palabras de los hijos, se escuchan? ¿Cómo se escuchan? ¿Quiénes escuchan? Quizá sea un balbuceo o, acaso, ¿se espera de ellos que hablen como adultos? ¿No sería pedirles mucho? Yo creo que se les pide demasiado a los más vulnerados por las instituciones o falta de ellas. El lenguaje, en este punto, es la expresión de una cobardía, hacernos pensar que, con las palabras los seres humanos se entienden, se deben entender, es una norma que no contempla la tensión entre la enunciación de algo y su devolución en un doble sentido, como aquello que es pasible de ser comprendido o, aquello que, por el contrario, es rechazado.

Frente a una corona constituida por piedras toscas de voces humanas, quizá como decía, el titubeo o el silencio sea la espera de una pronunciación vital que no sea venganza. En ese interregno, en esa prisión, son los objetos cotidianos recordándoles a cada rato a lxs humanxs quiénes son y quiénes podrían ser porque en esa repetición, en esa insistencia se produce un atajo para otra vida. Sin saber en qué consiste, existe en estado sísmico.

Enseguida, quise pintar escenas, sin elegir una paleta de antemano, trabajé con lo que sucedía. A veces, me sorprendí, otras rechacé, siempre digo que me falta paciencia para el retrato. Quizá por eso, me dejé llevar por el chorreado, como representación inentendible de los sentimientos y los desbordes, propios de cualquier situación áspera.

Cada hoja fue enfrentada de manera vertical, como diciéndoles: “ahora párense, echados no se consigue nada, poca cosa. Así que arriba, para doblar por donde uno va, hay que envalentonarse”, a la ventana le dije, a una maestra, un padre, una madre, un hermano, una remera, un camino, una amiga, un árbol y hojas dentro de una carpeta, que estuvieron cerca de una chica, algunos huyeron y otros la acompañaron como pudieron.

## **Cura curaduría curandería**

El término curaduría comencé a escucharlo cuando concurrí a una clínica de obra que ofrecía una artista. En ese momento, año 2007, se llamaba al curador para que pensara la obra, la relacionara con otras y escribiera un texto para un espacio expositivo, independiente o comercial de arte.

Siempre me llamó la atención la terminología que toman los actores del campo del arte, de la medicina para referirse a sus asuntos. No me parece raro que una disciplina tome de otras conceptos, métodos, objetos de estudio, sino de cuál se los toma. Si el arte toma términos de la medicina, entonces, partiríamos de que una obra ¿está enferma? ¿O el arte es producto de un dolor? ¿Existiría un especialista que cure la obra escindida del cuerpo del artista? ¿El especialista, en cuestión, tendría un saber que el artista no tiene para salvarse de qué? Si no fuera por la terminología empleada que conlleva un modo de ejercitar el poder, los curadores tendrían un saber con los que los artistas no cuentan entonces, tienen la capacidad de pronunciarse sobre la obra, tomar decisiones, hablar por ella ¿como si fuesen los que la hubieran gestado? Me recuerda a la sociedad disciplinaria que argumentaba Michael Foucault en el libro Vigilar y Castigar. La matriz de aquélla sería saber para controlar distintos aspectos de la sociedad, separar los sanos de los enfermos, los locos de las personas productivas, los que saben de los que no saben hasta continuar una lógica dicotómica a partir de la cual percibir el mundo.

Agrego a esta comparación algunas características de los especialistas que llevan adelante clínicas de obras, otro término médico, ¿holístico, totalizador? de las que conocí tres tipos, una bastante horizontal, desprejuiciada, tendiente al empoderamiento de los artistas en tanto gestores; otra, que partía de la requisita hasta convertirla en pregunta retórica para que el artista fuese quien, sin respuestas por parte de otros, lo hiciera solo a partir de un tono impregnado de cierta superioridad.

Supongamos que las personas crean obras de arte a partir de un “dolor” físico, espiritual, corporal, institucional y en la clínica las preguntas que se le hacen son: por qué hiciste esto, desde qué paradigma teórico lo pensaste, por qué seleccionaste esta técnica y no tal otra, ¿conocías la obra de fulano de tal, de mengano y de sultano?, qué relación establecés entre la técnica utilizada y el sentido, qué sentido tiene esta obra, Y así sucesivamente. Entonces, además de atravesar un dolor, ¿el artista paciente? Se enfrenta con otro más, que es la palabra que ataca, en vez de alojar. Y cómo podríamos ser sanos, libres en un marco en el que las palabras atacan. Bueno, no sé. Lo que sí sé, es que conocí otro tipo de persona, quien dice que no le gusta dar clases y da unas clases bárbaras. En qué consisten, en ir al espacio de trabajo de los artistas, sentarse y mirar las obras que se muestran y las que están envueltas en nylons y, una vez que ve colmado el piso, la mesa, las paredes de ese espacio, se levanta y comienza a mover las piezas como si fuese una titiritera, hacia un lado y hacia otro, una coreografía que relaciona lo expuesto y lo guardado, lo agradable y lo disruptivo, el punto al que llegamos con el más allá. Y sostiene estas palabras: qué bien, seguí, seguí, hasta conformar una serie, la repetición de lo que hagas te dice qué querés decir, el movimiento, no solo la cabeza, los colores, la técnica. Así, libera donde hay contusión, despliega donde hay atasco, sugiere mostrar donde otros

dicen seguí pensando, porque sería en la acción, en la vida, fuera del taller o donde se trabaje que pasan cosas sustanciales.

Y pienso, por ende, en que si existe ¿un curador? ¿Un cura? ¿Un curandero? ¿Un artesano? Tiene que existir alguien que ¿es curado? ¿Liberado? ¿Entendido? ¿Contenido? En principio escuchado, de este modo la curaduría basada en textos teóricos y críticos ¿tendría que servir para coser los cuerpos rotos de la historia?, ¿unir tramas de significaciones e insignificancias? Escuchar lo que dice un cuerpo pero saber que un concepto no calma el arte, en todo caso viste a un cuerpo desnudo.

Y enseguida me pregunto, ¿qué es el arte? ¿Qué motiva a las personas a ser artistas? ¿Es algo que se puede elegir o es algo de lo cual no se puede escapar? ¿Tiene sentido definirlo? ¿Y no definirlo no es un modo de definirlo a la vez? ¿Y si rompiéramos la compuerta de las definiciones con mayúsculas, los autores, las academias, los circuitos de reconocimiento para empaparnos de definiciones o indefiniciones infinitas?

Sin sujeciones a un estilo, tendencia, movimiento, manifiesto, cercanas al cocoliche o, qué es un hogar, sino es la reunión de múltiples objetos de tan variadas procedencias o de una fiesta de cumpleaños en la que vienen amigos de distintos lugares, pareceres, empleos del tiempo.

¿Serán las obras producciones de dolores, deseos, celebraciones, faltas, exploraciones, inclemencias, voracidades?

Me quedo con la palabra afuera. Del aula, taller, museo, quirófano. Estoy en el patio, en un recreo, en una plaza, en la calle, en la vereda, de visita, en otras casas, dándole una mano a las palabras, preguntarlas y la otra, a lo inmenso, manantial de voces, a lo fortuito.

## Festival

Recuerdo una vez que fui invitada a un Festival de Poesía. Fue un regalo en un año muy duro. Había pasado de trabajar ocho horas por días, más dos de ida y vuelta, eran diez, a estar en mi casa como consecuencia de un ataque de pánico atroz que, a su vez, era la consecuencia de haber vivido, dejar que el vivir sea, acostumbrarnos a vivir así, situaciones de estrés, producidas por tener que controlar múltiples aspectos de un programa, volver a casa y seguir trabajando, realizando tareas de cuidado, es decir, trabajar veinte horas por día, más o menos. Qué suerte que somos un cuerpo que se pelea con la mente y siempre gana. La mente es bastante pobrecita, a no ser que nos comprendamos como un todo, mente cuerpo alma en un contexto personal e histórico determinado, muchas veces minado por la falta de red, políticas de estado, por suerte existe la militancia feminista.

Dicho esto, el mensaje que recibía como una invitación a través de FB me ponía de pie, contenta. Alegre no, no sentí alegría por mucho tiempo, porque no lograba dominar mínimas acciones, por ejemplo, caminar derecho y no creer que enseguida me caía para un costado. Bueno, así fue que fui motivada por las palabras de un amigo: dale, andá, te va a ser bien; un blíster de rivotril sublingual y sabiendo que mi mamá se quedaba con mi pareja al cuidado de mis hijxs, a quienes dejaba tres días en nueve años.

Estuve en un hotel hermoso, conocí poetas increíbles, disfruté de cada momento. Siempre pensé en tres aspectos que me atrajeron del Festival, por un lado, que las lecturas duraran una jornada entera, durante tres jornadas, teníamos la posibilidad de escuchar poesía casi veinticuatro horas. Qué lujo, se sucedían personas, voces en salones repletos de sillas donde se sentaba el público y entraba la luz de sol. Por otro, los lugares elegidos eran poéticos, dos centros culturales con ventanales enormes y un bar con luces de colores en la puerta y un escenario en el que, después de que leían los poetas convocados al Festival, quedaba a disposición para quienes quisieran leer y el público estaba atento. Finalmente, el silencio significa tantas cosas. Pensaba en el silencio que los enfermos necesitan para curarse, los docentes para explicar un tema, los estudiantes para identificar dudas, los conciertos de música, la sala de cine, la noche cuando el día termina y está por comenzar otro, son instantes en los que pareciera que estamos solos pero estamos con otrxs, se producen comunicaciones internas, linternas, especiales.

Al año siguiente, fui invitada como editora al mismo Festival y pasó algo que también me llamó la atención. Mientras que los escritores se alojaban en un hotel, los editores íbamos a unos albergues en los que dormíamos de a cinco personas. Estar, dormir, comer con otrxs puede ser una experiencia maravillosa y, a la vez, despertarnos preguntas: ¿por qué los escritores duermen solos en una habitación de hotel y los editores juntos en un albergue? ¿No sería justo que todxs fueran a un hotel o todxs a un albergue? Si escritores y editores compartiéramos un mismo espacio, ¿no redundaría ese contacto en la posibilidad de un sinfín de afinidades y proyectos por venir? Que los escritores estuvieran en la vereda de enfrente, de manera literal, estábamos separados por el cruce de una calle, ¿no era un contrasentido? Sobre todo porque los escritores y los editores, a veces, somos las mismas personas y porque, ¿habría editores sin escritores y viceversa? Esta vez fue una situación rara. Los espacios que se piensan para el desarrollo de una actividad constituyen la sustancia de esa actividad. La base material, como sostenía Marx, determina la superestructura. Los baños, las habitaciones, la comida que se les darán a los invitados son tan importantes como los criterios, a partir de los cuales, se pensó un Festival. Cada acción está teñida de ideología, lo queramos o no, es proclive a ser leída desde determinado paradigma filosófico político. Cómo dudaríamos de la incomodidad de un cuerpo.

Pienso en convertir al pueblo en estrella, qué maravilla el peronismo, en vez de ser una, dos, mil, es un sistema político convencido en que todos tengan la posibilidad de disfrutar, los escritores y

los artesanos, quienes realizan el trabajo manual de cada publicación. Y, enseguida, recuerdo por qué me enfermé. Fue en la puerta de un hotel, despidiendo a un contingente de doscientas personas que venían de otras provincias por primera vez a Buenos Aires a capacitarse con técnicos y realizadores de Canal Encuentro. El criterio había sido, encontrar el mejor hotel para estas personas, docentes y estudiantes que se sintieran cómodos por igual. Una persona en la puerta de un hotel con doscientos traslados, pedidos, demoras es una desmesura. Las contradicciones son humanas. Por eso, qué bien que se realice la vida, se reúna la gente y que, al regreso de un viaje, o cuando una sanó, pueda tensar el exceso, el banquete o la falta de él con un cuerpo que testimonia cómo se sintió.

## Lecturas de poesía

Las veces que concurrí, como público o invitada a leer en algún ciclo de Lecturas de Poesía, me pasó que no era muy distinto a concurrir a una obra teatral, al cine, un recital. No sé si tendría que ser distinto tampoco, lo que me pasa, a veces, es que me resisto a pensar la poesía como un espectáculo, en una sala en la que el público está oscuro y los invitados, actores, protagonistas son los iluminados. Ya el hecho de iluminar un sector del espacio y dejar a la mayoría a oscuras, me parece un problema. ¿Y si los escritores convocados se mezclaran con el público? ¿Y si les dieran sus escritos al público para que lean? ¿Y si lo invitan a decir algo sobre eso que escribieron? ¿Y si les preguntan si escribieron algo relacionado con lo que se está leyendo? Yo creo que iluminar a algunos es más fácil que darles un lugar a montones. De las veces que estuve a oscuras sólo podría rescatar la sala de cine, ¿para llorar sin que otros nos vean? Será que la risa se comparte y las lágrimas son privadas, ¿hay que esconderlas? Y si las personas que vamos al cine, al teatro o a un recital de poesía nos emocionáramos, unas frente a otras, ¿nos avergonzaríamos? ¿Y si en vez de taparnos la cara nos abrazáramos? ¿Y si lo hacemos con alguien que se emociona con lo mismo que nosotros pero no tiene nada que ver con nosotros? ¿Será por eso que se piensa, se traza, se espectaculariza la distancia? Quizá habría que ensayar respuestas desde el público, los actores, los escritores, los directores, los gestores para hamacar la costumbre.

Además del juego de luces, hay escenarios y escalinatas, es decir, no sólo hay personas iluminadas sino que están arriba del público o debajo pero en el centro, lo que hace que sean un foco por sobre otros.

¿Se puede escindir la palabra de los espacios en los cuales se pronuncia? ¿Del mobiliario que se utiliza, que hay en la sala? Quizá las sombras de las palabras se desprenden de las palabras así pronunciadas y son éstas las que vuelan, deambulan, se estrechan con la parte clara del público, con la parte cara.

Me pasa que creo que todas las personas tienen algo para decir y que sólo podemos sintonizar o no con ellas si damos la posibilidad, abrimos un telón invisible con quienes nos cruzamos. Y que si abrimos el espacio familiar, nos podemos sorprender, volver único algo que venía siendo de una manera establecida: presentación biográfica de los participantes, poemas, aplausos, brindis y cada cual a su casa.

En una lectura que hicimos en una librería pequeña de City Bell, hicimos una ronda en el piso, leímos y le hicimos preguntas al público para que comentara y, como aquél relaciona lo que ve y escucha con su vida, la lectura se colmó de eso, vidas y pasó a estar conformado por Valeria, Ana, Yiya, Lucía, Adriana, Federico, cada cual trenzó las palabras que brotaban de una situación singular, la presentación de un libro, con una espesura, un compromiso, la historia. Y ahí no más pensé: qué es la literatura sino no son estos momentos en los que una conversación comienza y no sabemos cómo va a seguir ni cómo culmina, ¿no es parecido al procedimiento de muchos escritores, que empezamos una hoja sabiendo a tientas hacia dónde queremos ir pero lo mejor es lo que está por pasar más adelante, atrás, a los costados con otros que no conocíamos y conocemos de manera azarosa o de manera orientada?, ¿el azar no es también un poco lo que orientamos con nuestros sentidos? ¿Con nuestros deseos?

Y así hasta pensar en que el público esté arriba del escenario iluminado, que esté en ese mismo lugar a oscuras, los escritores abajo iluminados, los escritores abajo a oscuras, toda la sala iluminada o en una sala totalmente oscura.

Que leamos en una gran ronda que ocupe por ejemplo, un parque, la sala más grande de un teatro o centro cultural, un bar o donde sea. Que pasemos un micrófono.

Que nos convirtamos todos en escritores y leamos los papeles de los que tengamos sentados al lado.

Que alguien nos lea mientras nos acostamos en el piso.

Que nadie lea y se proyecten en una pantalla nuestros papeles.

Que el bullicio del entramado de nuestros cuerpos sea el silencio de los textos.

De ese día único y especial.

En el que, todos de alguna manera, queríamos escuchar o decirnos algo.

## Querida Selva

Gracias por compartir tu trabajo, es inmenso, vital y hermoso.

Me recuerda al libro: *Loa a la tierra*. Un viaje al jardín de Byung Chul Han. ¿Lo conocés? Si no lo tenés te lo doy el 7. Es un filósofo coreano que escribe sobre las transformaciones en la sociedad contemporánea. En ese libro destaca la importancia de la contemplación por sobre el consumo de lo que sea, para torcer el camino del capitalismo. Es decir, más contemplación de plantas, en este caso, menos desigualdad en el planeta. Algo parecido a lo que piensa Mishazaki en cuanto a la creación del parque para niños en una isla de Japón, que no recuerdo el nombre ahora, sería una puesta para que, además de Disney, la diversión y el gasto, un espacio que propicie la observación de la naturaleza y la magia de sus personajes que no están al servicio de la venta de nada, sino de la reflexión sobre el destino de las personas.

Bien, vuelvo, tu libro me recuerda a Han porque él justamente reflexiona sobre plantas de su jardín y la mujer dibuja las ilustraciones.

Por el trabajo que realizaste, creo que es una investigación poética, un nuevo género que podrías explorar y exponer dentro de la literatura. Para mí no es mucho si uno se juega en una dirección, por ejemplo, editar una investigación poética sobre semillas. Si lo pensás como un libro de poesía, habría que editarlo como bien señalás.

Si optaras por la primera opción pondría la ficha, tal cual la construiste, el poema y un dibujo y/ o pintura, no los dos.

Si optaras por la segunda, pondría:

El poema y la pintura, aunque sea a color se puede imprimir en blanco y negro. Eso sí, con su correspondiente ficha técnica al culminar el libro.

Cómo seleccionar veinte semillas y cómo justificarlo para que te quede un libro de 40 páginas, aproximadamente, yo se lo preguntaría a tu estómago, garganta, tu paladar. Eso no está en el prólogo, qué te llevó o lleva a trabajar esta temática. Enseguida, reparé en que, todas las veces que nos encontramos, me propusiste ir a Gato Negro, un lugar en el que venden especias y que para mi casamiento me regalaste una caja muy especial. Creo que es un libro sensual y, como tal, amerita ser defendido en tanto sepa tu cuerpo, si fueron 20 o más semillas las que probaste, te gustaría o te recomendaron probar.

Van algunas preguntas:

Cuál fue la primera vez que probaste una semilla o una especie.

Qué te pareció, o te pasó.

Qué te llama la atención de las especias. Cuáles te gustan, cuáles no, por qué.

Qué paisajes crean sus olores, los sabores, las personas y/o momentos en que las probaste.

Creo que este libro es una invitación a una obra de teatro danza de los sentidos. Al primer plano de la o las caras.

Dentro de cada palabra y semilla la humanidad guarda tesoros que nunca saben iguales.

## Cuadernillo

“¿El estilo vendría a ser la personalidad del escritor?”

Nicolás Jorge Paolisso

Detenernos en los materiales con los que trabajamos, estudiamos y preparamos una clase nos hace pensar en cómo elegir la bibliografía obligatoria y ampliatoria en la universidad. Las preguntas son variadas: ¿qué libros son troncales para una materia, es uno, son dos, son tres? ¿Por qué leer más, más serían versiones de esos libros troncales o más serían nuevas versiones, asombrosas, disruptivas, superadoras? En cuanto a la cantidad, ¿leer más qué significa, que sabemos más sobre un tema, menos o no sabemos nada porque no hubo un tiempo y un espacio de entrar en relación con un texto? Por ejemplo, podemos elegir un libro e investigar sobre el autor, sobre el contexto histórico en que lo escribió, con qué otros autores dialogaba, de qué campos disciplinarios provenían esos autores, qué impacto tuvo y tiene el libro en sus lectores, qué nos llama la atención, qué discutimos, qué modificaríamos, qué reapropiaciones haríamos de él, de qué modos el libro enlaza la vida con una danza invisible para sostenerla como un cuadro. Además, nos preguntamos, ¿daremos fotocopias, tendrán que bajar el libro por Internet, haremos una biblioteca ambulante en la que cada uno compre uno que, luego, pasará al compañero? ¿Ateoraremos libros troncales o triviales? ¿Fragmentos de teorías o palabras procesadas? ¿Querremos enfrentarnos con un gusto, un sabor, una textura o nos dejaremos llenar con licuados de letras en las que, sin distinción, todos saborearíamos más o menos lo mismo? Cuando fui estudiante compré un sinfín de fotocopias que todavía guardo por el tiempo y el dinero que significó adquirirlas y leerlas. Aprender de esa manera significó aprender de fragmentos, un gran esfuerzo. Había que relacionar cada uno con un libro, que no estaba, buscarlo, leer los paratextos para tener una idea sobre quién era el autor, qué temas abarcaban sus investigaciones, desde qué marco teórico las abordaba. Pienso que la fotocopia augura un conocimiento huérfano, que sobrecarga a los estudiantes que deben responder sobre el paradero del libro, desde quién lo escribió hasta qué bibliografía consultó.

Desde que soy docente llevo libros para que los vean, es una manera de que estén vivos, los miren, los toquen, los hojeen, los huelan, en fin, vislumbren cierto espesor. Los primeros años llevaba muchos, ahora, pasados 15 años, llevo uno o dos. Me criticaron por ser demasiados. Dar demasiado también es una forma de crear orfandad. Si doy mucho no dejo espacio para que el otro pregunte, sea, cree. Entonces elijo uno por semana para que tengamos tiempo de relacionarlos con él y entre todos. Sería parecido a posibilitar un picnic, un campamento, un viaje breve. Nos conocemos mientras tengamos tiempo.

Desde hace dos años doy clases en una universidad en la que no tengo que armar un programa, ni buscar bibliografía, tengo que explicar un cuadernillo para que los estudiantes completen. El mismo está compuesto por fichas de cátedra, notas periodísticas, ensayos y algunos trabajos prácticos realizados por estudiantes que obtuvieron buenas notas.

Dar la clase así es sencillo, aunque lo que ocurre, a veces, es que los estudiantes compitan para formar parte de él al año siguiente, es decir que sus textos sean seleccionados.

Entonces, me pregunto si una clase es el conjunto ¿de qué tipo de estudiantes sería? ¿Qué es ser buen estudiante, el que aprueba? ¿O el que también asiste a clase, escucha, toma nota, hace preguntas, algún que otro chiste, se queda en silencio, se aburre, reacciona? Una clase está constituida por personas con matices respecto, sobre todo si la universidad es pública, a personalidades, historia económica, cultural, social y las posibilidades infinitas de que se conozcan con otros en ese momento, para que haya un intercambio, de lo que sea, sea una clase, miradas, opiniones, risas, ayudas.

Vuelvo al cuadernillo y creo que, además de que se publiquen los trabajos aprobados de distintos estudiantes, -me gusta más que alumnos, cuya definición alude a que éstos reciban enseñanzas, mientras que el término estudiante refiere a que esa persona cursa un plan de estudios, es decir, está activo en ese proceso para que no se lo lleve la corriente-, tendría que incluir citas, gestos, garabatos, comentarios, preguntas de quienes conforman una clase.

De este modo, desde la literatura propuesta les daríamos un lugar y favoreceríamos que se sientan importantes porque lo son, una clase en la que todos entienden lo que el docente pretende explicar y nadie pregunta o pide ayuda y nadie se la da, sería impedir la amistad.

Nunca me voy a olvidar de un estudiante, Jorge Nicolás Paolisso, quien llegó temprano a las clases, me enviaba mensajes por whatsapp si el tren estaba demorado, tomó nota en clase, realizó todos los trabajos en grupo pero ese año, no logró ingresar. Sin embargo, y esto que escribo se lo dije a él, sus preguntas me impactaban, como por ejemplo, la que elegí para comenzar este texto, cuando vimos el concepto de estilo, yo cité a Barthes, en relación a que para este autor, el estilo era la historia de la escritura de un escritor y el estudiante agregó: “¿El estilo vendría a ser la personalidad del escritor?” Me encantó su definición interrogativa, yo creo que sí, que el estilo puede ser analizado de ese modo, nos permite pensar en las distancias que existen o se establecen entre el autor y la obra. Por ende, le dije, algo así, como que no sabía si su pregunta iba a formar parte del cuadernillo del año siguiente, de lo que estaba segura, es que lo iba a citar en cada clase.

## **Hombría, hombrera, hombro**

Recuerdo un viaje en el que, con una amiga, decidimos ir con dos amigos a una playa. El viaje chistoso, llegar a un lugar nuevo, movernos entre seres queridos en otros contextos, bailar. Éramos amigos de danza. ¿Quizá habíamos viajado 500 kilómetros para bailar en una casa? No sé si fue todo.

Al día siguiente, mientras caminábamos con mi amiga cerca del mar pensamos en qué pasaría si, además de la danza, proponíamos otras cosas. ¿Un beso? ¿Un roce? ¿Un abrazo con otra intención? ¿Quién estaría con quién, y así es que un viaje se deforma?

Cuando regresamos a la casa mentimos, dijimos que habíamos conocido a unos chicos y que nos habíamos quedado hablando con ellos. Con este comentario malicioso queríamos ¿despertar la hombría de nuestros amigos? Uno de ellos se empezó a reír y el otro se puso muy triste, como si lo hubiésemos decepcionado y no nos habló desde esa mañana hasta el regreso a Buenos Aires.

A la distancia pienso en los pilares a partir de los cuales esperábamos accionaran nuestros amigos hombres: acercarse, escuchar, atender, entender, penetrar para derribar.

Pensar así la hombría es tan artificial como usar hombreras, que son rellenos envueltos en tela que se colocan, justamente, arriba de los hombros de las mujeres para aparentar ¿qué? ¿Más de lo que somos? ¿De lo que nuestro cuerpo es?

Las palabras recobran otros sentidos si las pensamos en familia, hombría, hombrera y hombro. A este punto quería llegar, qué tan distinto es el artificio de una parte del cuerpo. Las constelaciones que guarda cada parte. Un hombro que registra el peso, las intenciones, los efímeros contactos de la totalidad de personas que se apoyaron en él. Pienso en un hombro que atesora la mano de una madre, de un abuelo, de un primer amor, de sucesivos, de personas que no conocía, de una amiga, de un doctor. Un hombro es una piedra preciosa enterrada que, sin embargo, se encuentra a simple vista.

Quizá por el camino de la última acepción, por ese camino íntimo, hubiésemos seguido siendo amigos.

¿Quisimos poner a prueba un deseo? ¿Un capricho? ¿Una estupidez? El cuerpo también aprende de estupideces. Como aquélla, por eso escribo este texto ahora.

¿Mostrarnos como personas deseadas por otros para provocar celos? ¿No es provocador, provocar? ¿No estábamos bien así? ¿Si no lo estábamos por qué habíamos ido de viaje? ¿Queríamos estar mejor o peor? ¿Las apuestas son divertidas o destructivas cuando estamos aburridas? La verdad es que no sé, qué se nos pasó por la mente esa mañana en la playa.

Lo único que sé es que restableciendo los vínculos con las palabras, ellas acomodan los daños que una causa, se causa o nos causaron.

Romper la hombría como una esfera de arena con las manos hasta que quede, nuevamente, dispersa entre partículas, volver a apoyar el pie mojado, quedarán relieves, sin sentido, a los costados que la próxima ola tapa y hace desaparecer, es ese pie al lado de otro y otro, más otro, que guarda como un hombro o cualquier otra parte, el hecho de haberse sentido vivo, mientras bailaba cuando nos conocimos.

## Guarderías

La vajilla se guarda en un aparador, los alimentos en una alacena, la ropa en un ropero, las hebillas en una cajita, los libros en una biblioteca, las cartas en cajas, los apuntes en carpetas y así...

¿A los chicxs hay que guardarlos? Si así fuera ¿sería en una guardería? ¿Que los chicxs permanezcan guardados no es un contrasentido? ¿Qué se haría para que se quedaran quietos como los platos en el aparador, las latas de conserva en la alacena, los sacos colgados en una percha en el placard, las hojas unas sobre otras, cómo se traslada esa formación a un cuerpo que vive, salta, ríe, camina, se aburre, charla?

Entonces, la palabra guardería entra en tensión con otros espacios en los que están los chicxs: la escuela, los festejos de cumpleaños, las colonias de vacaciones, la propia casa con el uso de múltiples pantallas, es tenerlos acomodados, callados, en un sillón o cama. Mis hijxs dicen: nos aburrimos o no queremos ir a tal lugar porque no nos dejan hacer nada. Y significa que no los dejan correr, jugar a la pelota, es decir, moverse.

Que los espacios destinados para ellxs no contemplen la posibilidad que los recorran y se muevan libremente, constituye una tortura. Que les enseñen a cuidarse entre todxs pero que se les prohíban actividades por temor a que se lastimen, entusiasmen o sea más complejo verlos, es un argumento que va contra su desarrollo.

¿A partir de qué estructuras, diagramas, dibujos pensamos el tiempo que compartimos con ellxs? Ya sea que seamos madres, padres, familiares, docentes.

Guardarlos es una opción y otra, ¿podría consistir en brindarles múltiples herramientas y espacios de experimentación? Parto del tiempo que comparto cuando estamos en casa: que aprendan a cocinar, lavar, secar platos, tender camas, pasear y alimentar a las mascotas, que laven su ropa, lean, bailen, cosan, tejan, pinten, escuchen música, miren el techo.

En las escuelas públicas, como por ejemplo a las que van mis hijxs, me encantaría que, además de las materias curriculares y especiales, tuvieran talleres de oficios, me parece que sería una manera de que las manos realicen movimientos distintos a los que tienden a realizar, apretar un botón de un control remoto, deslizar una pantalla, mover los dedos acorde a un programa establecido. Quizá, el contacto active algo que les ofrezca el aprendizaje de soluciones para la vida, pienso en la carpintería, el tejido, la confección de ropa, aprender a cultivar, cosechar, cocinar y una relación con la singularidad de cada material.

Cuánto pueden aprender con tan pocos recursos, personas que enseñen lo que saben, tendrían un abanico de prácticas por descubrir, investigar, realizar.

En los espacios formales el silencio se impone pero en las casas también, cuando dejamos que se enciendan las pantallas, las posibilidades de juego que los interpele como sujetos autónomos y no, como simples autómatas, se terminan.

Y me pregunto: ¿sin juego hay conocimiento? y creo que no. Al dar clases en el primer año de la universidad es muy triste que los estudiantes tengan dificultades para leer, escribir y crear hipótesis. Creo que, si habilitamos espacios de libertad en torno a un nombre provisorio, aunque sea, de lo que queramos ofrecer y, dejamos que exploren eso que

ofrecemos, es una manera de resguardar su imaginación, en una caja invisible sin tapa para que entre y salga cuando quiera.

## Antes de morir, florecer

La primera vez que pensé en la muerte fue cuando tenía 17 años, leía La Náusea de Jean Paul Sartre y me invadió uno de los argumentos que él plantea allí, consistente en que un cenicero, creo que era, no me acuerdo bien, quizá era otro objeto, sobrevivía la vida de quien lo tenía. En ese momento, sentí por primera vez la sinrazón de la existencia humana y, enseguida, se desataron pensamientos que nunca había tenido: cuál era el objetivo de la vida si la contracara era la muerte. Así, como el pensamiento me había llevado a un callejón sin salida, un amigo me llevó de vuelta, me invitaba a su casa, en la que conocí el libro Los 20 arcanos de la poesía surrealista y me dijo algo así como que la vida tenía sentido porque cualquier cosa se lo daba: comer, besar, amar, leer, actuar, cantar. Sus palabras desactivaban, así, el existencialismo.

A los 24 años conocí a un hombre con quien después de 16 años me casé, con el que no me quería cuidar para tener relaciones sexuales. Entonces quedamos que, cada cual, se iba a ser un test de HIV para quedarnos tranquilos. Los resultados iban a estar al mes y, cuando le pedí a una amiga que los pasara a buscar porque ya no estaba viviendo en esa ciudad, me llamó por teléfono para decirme: no quisieron dármelos porque te salió +. Colgué el tubo, agarré un bolso y tomé un taxi desde Capital Federal hasta La Plata. No tenía miedo. Tenía nervios. Mi cabeza iba más rápido que el taxi: quién me podría haber contagiado, cómo, cuándo, dónde, a quién o quiénes habría contagiado yo, cómo le iba a decir a la persona que había conocido lo que había ocurrido, en fin, una catarata de preguntas que cesó con análisis sucesivos hasta que descubrieron que era falso +. Esa frase tardó un año más o menos de drenar de mi cuerpo.

En el mes de julio del año 2003, la misma noche en la que festejé mi cumpleaños con mi familia históricamente separada, comencé a tener contracciones. Estaba embarazada de 7 meses y hacía unos días que sentía que dentro mío se movía una piedra, no un bebé. Cuando lo ponía en palabras me decían: nada que ver, conectate con él, estará bien. Yo no me sentía así pero, como era madre primeriza, tampoco sabía cómo era sentir el movimiento de un bebé. Quizá se movían como piedras, no sé, chiquitas, calcáreas, más pesadas. Cuando fui al hospital me dijeron que el bebé había muerto. Que me fuera a mi casa para ver si tenía más contracciones y que volviera al día siguiente para que me indujeran al parto. Yo salí y era de noche, volví a casa y era de noche, al otro día de mañana para mí seguía siendo de noche y fue de noche por cinco años más. Hubo un momento de dolor total, en el que se conjugó el dolor físico y mental. Yo ya no quería tener a ese bebé adentro mío, creía que esa piedra iba a contaminarme la sangre. Esa vez le tuve miedo a la muerte pero de manera fugaz. El dolor que cargaría, una vez externada, con los pechos vendados, se tensada con el hecho de que iba a ser seguir con vida.

En el 2006 contraí HPV y me operaron de urgencia, yo entraba a un cuarto blanco y mi íntima amiga de la infancia, en el mismo hospital, estaba por dar a luz a su primera hija. Hace dos años sí, fue la primera vez que me sentí aterrada. No me imaginaba nada hasta que una la palpa. Jugando con mi hijo al fútbol, abrazándonos después de un gol, sentí contra su cuerpo un nódulo en un pecho. La ecografista escribió en el informe, probabilidad de células cancerígenas. Yo me desesperé. No me quería morir. No me iba a

morir así de rápido, ¿o sí? ¿Una se puede ir así de rápido, de una página, de sus libros, sus hijxs, sus amigxs?

Y después de hacerme análisis me dijeron que era benigno. Cada 6 meses los tengo que controlar porque, una vez que tomaron tejido para analizar cómo estaba compuesto, se hicieron dos más.

Fue un año violento no sólo por la espera, las agujas, sino y lo peor de todo fue hacerme preguntas: ¿y si me pasara algo quién va a cuidar a mis hijos, yo los quiero ver crecer, cómo es posible que me haya enfermado, quién me enfermó, habré sido yo misma, qué podría hacer para evitar que las cosas pasen?

Y la verdad es que me di cuenta después de mucho ir y venir que las cosas pasan igual, por más controles y buenas pacientes que seamos, entonces, como fue la primera vez que sentí de cerca a la muerte, no era una novela, una palabra, una idea sino que estaba desnuda, las tetas al aire, las manos de los médicos por todos lados y las ganas de que no me tocaran más, pensé que antes de irme de acá, quería florecer, estar lo más presente posible en las cosas, que el mundo me vea comprometida en su hacer.

## Un lugar muy especial

Hace unos meses conocí, a través de mi hermana, una librería que se llama *Libros que Van*, la misma la lleva adelante Velu, una mujer que pasó por la carrera de diseño en la universidad de La Plata, tuvo dos hijxs, trabajó en una librería y pensó que un modo de criar y trabajar era abrir una pequeña librería en el garaje de su casa. Así fue que inauguró este lugar encantado en el barrio de Gonnet, en una calle sin salida y a dos cuadras de un hospital abandonado.

La primera vez que fui no nos podíamos ir. Era como estar en mi casa porque me encontré con libros que nos regalaron o compré a lo largo del tiempo, cito algunos títulos: El hombre extraordinariamente fuerte de Magalí Le Huche, Los pájaros de Germano Zullo, Noticias de pintores de María Luque, El pueblo que no quería ser gris de Beatriz Doumerc, La casa de los cubos de Kunio Kato y Kenya Hirata, entre tantos otros, ejemplares inolvidables.

Pienso en el trabajo incansable de escritorxs, ilustradorxs, editorxs, distribuidorxs, librerrxs, y lectorxs. Porque leer también es un trabajo que tendría que ser ofrecido y estar al alcance de cualquier familia y no siempre sucede. Son libros costosos, es decir, que o los compra el estado para donar a las escuelas, bibliotecas, centros culturales municipales, o aumenta los sueldos para que los adultos se los puedan comprar, o hay que ver cómo se tejen relaciones entre los objetos, los lectores y los espacios.

Pienso en la biblioteca y librería La Nube, de la que las personas se puedan hacer socios para ver y entrar en contacto con estos tesoros. La dueña de la librería piensa en estas posibilidades, llevar los libros a un parque, una plaza, una escuela, ver la manera no de venderlos sino de mostrarlos, leerlos, verles la cara a los posibles interlocutores.

Es increíble el ritual que se despliega en torno a un ejemplar, son infinitas las posibilidades.

Y, también, que estos libros tendrían que ser mostrados en otros ámbitos en los que haya adultxs, bares, asambleas, universidades, múltiples trabajos, porque quién dijo que los adultxs no queremos que nos cuenten cuentos o nos muestren dibujos, quién dijo que una frase escrita en un libro infantil no contiene doctrinas filosóficas, políticas, ideológicas, en fin, es una manera sencilla de movilizar la curiosidad, el juego, la imaginación de quienes tenemos la difícil tarea de enseñar, cuidar, guiar.

Me compré tres, uno que se titula: Un árbol crece y nadie le pregunta por qué de Eugénio Roda y Cecilia Alonso Esteves, otro que se llama Un hoyo es para escarbar de Ruth Krauss y Pasión de enseñar de Gabriela Mistral.

Luego, volví a la casa en la que vive mi mamá y vi un grupo de karatecas, serían quince o veinte personas dando vueltas a la manzana para entrenar, quise creer que eran mariposas blancas fosforescentes en la noche, que después de cuarenta años, defendían mi niñez en el mismo lugar del que me fui.

## Qué es un libro

En el mes de diciembre de 2019 fui a la Dirección Nacional de Derecho de Autor, que también podría denominarse de Derechos de los Autores, quizá la falta de los plurales en los modos de denominar dependencias gubernamentales, redunde en lo que voy contar. En ese momento, llevaba un manuscrito de un autor santafesino con sus correspondientes carátulas, en las que se indicaba el número de ISBN, recibos de tasas abonadas e informaciones sobre lugares de impresión.

Cuando saqué un número y me atendieron en la oficina de obras publicadas lo primero que me preguntaron fue: ¿esto es un libro? sí, contesté yo. Y, acto seguido, se consultaron entre los compañeros si les parecía que era un libro, el sobre con hojas sueltas que les estaba presentando. Y les expliqué: hace 10 años creé una editorial que se llama Ediciones Presente, que consiste en la publicación de poemas impresos sobre hojas que van sueltas dentro de un sobre, de modo tal que, quien lo adquiera, lo pueda compartir o el libro adquiera distintos usos al tener la posibilidad de regalar sus páginas, pegarlas en los distintos lugares en los que una está, camina, se mueve, etc. Para qué, los muchachos cuando no escuchan una respuesta habitual son el para qué de todo: yo no te puedo tomar esta obra así, dónde hay información de tu editorial, los sobres que utilizás no son los que nos trajiste acá, tendrías que volver a tu casa y traer uno como el que figura en el blog. Entonces le pregunté, qué sentido tenía que me pidieran un sobre especial, aclaro que los que utilizamos están hechos con papel de regalo, si sabían que este material era para archivar. Y continué: no me parece lógico ir hasta mi casa que, encima, queda a dos horas de esta oficina para envolver un regalo para un destinatario que será un estante. Pero mis respuestas los hacían enojar más y más entonces sacaron un código, qué código regula la actividad de un escritor, ¿es civil, comercial, penal? la verdad es que no me acuerdo, era un tomo duro grandote y ahí no más, citó un artículo, lo cerró y me dijo: si yo aceptara esta obra tal cual la trajo usted estaría faltando a la verdad porque el libro que deja tiene que ser igual al que luego venderá y, le pregunté por la verdad, si acaso no podía significar cierta correspondencia, nunca exacta, entre lo que dice la ley que fue redactada por un conjunto de personas y lo que a las personas les pasa. Y me dijo que no, me dio a atender que la ley es una especie de deidad del hombre, un metalenguaje incuestionable, entonces le contesté: muy bien, si tiene que haber una exactitud, un calco entre la letra del papel y el cuerpo como depositario de la palabra, haremos lo siguiente: de ahora en más, en la editorial, usaremos los sobres de papel madera que le traje, ajustaré la estética administrativa a la estética editorial. ¿Le parece bien? El empleado me miró con zozobra y aceptó. Mientras que completaba las planillas, pensaba en que no estaba mal ajustar las estéticas, si de lo que se trataba era de respetar un cuerpo, que va y viene, lleva y trae, es acarreado a realizar un sinfín de sellados, firmas, aranceles y seguros para ensanchar el cuerpo de dios, el cuerpo de los expedientes en las oficinas públicas, el dios de papel, no es un cuerpo finito, que necesita tiempo y dinero para moverse. Desde ese momento, la pregunta qué es un libro me atrapa, porque no es solamente el conjunto de letras reunidas sino fundamentalmente su funda, el vestido, su abrigo el que lo distingue de otro objeto y me pregunto, una botella con una carta, una cajita con deseos escritos, doblados y guardados dentro, tarjetas dentro de un sobre, los recovecos

de una billetera en los que las personas guardan estampitas, fotos y cartitas, ¿no podrían ser pensados como libros? Para definirlos qué priorizamos, ¿la estructura que contiene las palabras, la fachada o la función?

## Conversaciones

Con algunas personas las palabras: hola, qué tal, bien ¿y vos?; con otras, yo bien, muy bien, ¿y vos? Bien, ¡muy bien!; con otras, sabés me pasó esto y esto y la otra, contame, qué pasó, no te puedo creer, a mí me pasó algo parecido, pensemos.

Con algunas personas la conversión es eco, con otras se apaga, con otras se enciende una fogata en la que las palabras ramas se transforman, son brasas, humo, infinitos contornos en el espacio hasta que se las traga el cielo, las captan los árboles, entran en otras casas impregnando las paredes de otras vidas distintas a las que vivían.

A los 7 años en el borde de una pileta con un amigo. Nuestros compañeros se reían, se tiraban de cabeza, nadaban y nosotros nos divertíamos de una manera diferida.

Estábamos en dos dimensiones a la vez, después con el tiempo pensé en que quizá las palabras tensan tiempos y compases como un pentagrama tejido en la intemperie. Es una ilusión si digo: contemplo esta pileta, hablo con mi amigo, ¿las palabras crean un capullo en el aire? ¿Es cierto que se puede estar en tres lugares a la vez? De qué manera, qué valor tendría, ¿no sería pedirle mucho a las palabras? Quizá. Yo creí y ellas me dieron, me dan la posibilidad de que, con algunas personas, la vida no pasa desapercibida, nos saluda, levanta, nos hace bailar una coreografía que sólo ellas permiten si estamos dispuestas a que el papel no registre, sólo nuestro ánimo, lo que vemos y pasa.

Con quien me pasó esta afinidad fue también con una compañera en la universidad. Una decía una cosa y la otra parecía apoyar un pie, en ese escalón de mentira para llevar el pensamiento hasta las nubes. Esa sensación inaprensible del pensamiento creado entre dos personas compenetradas en la película del otro, también es la propia.

Con ella imaginaba que se activaba un grabador que nos ayudaría luego a desgrabar esos paseos mentales, esas conjunciones sensoriales, esa canasta de fruta fresca que son las palabras sobre una mesa, luz de colores, como si fuera una voz hecha de millones.

¿Locura? ¿Milagro? ¿Realidad de lo real?

Campanillas azules que trepan el estado abandonado de las cosas, produciendo un lenguaje hipnótico que fosforece.

## Una pintura que no entiendo

Cuando pinto me pasa que lo hago con un cronómetro interno, apurada, no me da el tiempo para pintar y hacer otras cosas que me gustan hacer y debo. Ganarme la vida, hacer dinero, tareas de la casa, responder cuando me piden.

En cambio, hoy, estoy sola en mi casa y enseguida es como si abriera una ventana alta que costaba sin la ayuda de nadie, no era tan pesada. Y me invade una necesidad que dejo estar que es pintar con el propósito de ensuciarme.

Pruebo: pintar sobre distintas superficies me enseña a entender que, por algunas, la mano y los materiales se deslizan y, por otras, se retrasa; que podemos pintar con un pincel y que si lo hacemos con la mano la superficie nunca queda lisa, sino que quedan rastros humanos, una inscripción sobre la corteza de un árbol, una columna de cemento, un poste de luz, queda una incisión conmovida.

Me gusta pensar que las palabras están debajo de los soportes sobre los que pinto, que están mezcladas de manera invisible con el propio cartón, madera o papel y que, al volver la mirada sobre estos materiales, las revelan, nos las dictan. A veces, me pasa que pinto un fondo y con la yema del dedo, la parte de arriba de un pincel o lo que encuentre que deje marcas, las escribo y me sorprende el lenguaje realizado con surcos blancos, las frases se vuelven caminos claros sobre fondos más oscuros que los dedos.

Desde hace un mes volví sobre el collage, una técnica que me lleva a mi habitación de juventud. Me gusta volver a ese cuarto cuando el actual no compite con aquél en relación al tiempo.

Permanecer encerrado en un cuadro, qué significa, qué quiero decir. Eso, decidir encerrarse en un movimiento que no quiere terminarse al cabo de un tiempo. Es amar y dejarse amar, una experiencia de infinito.

Hoy pinté primero una especie de nube con plasticola a la que, luego, le eché brillantina, después, pensé en dibujarle el contorno de una camisa o un tronco y, enseguida, dudé. ¿Es un árbol con cabeza de nube? ¿Una nube con cuerpo de árbol? ¿Una inmensa lágrima con camisa? ¿Un llanto vestido? Qué bien que la pintura vista una sensación para que no esté desnuda. La gente tiende a reírse. Es humillante reírse de una persona que está en condiciones desiguales a las nuestras. Mejor que escribir es dibujar un saco, una manta, algo que proteja a quien precise protección. Y mejor que eso debe ser que una mano lo haga, un brazo, un cuerpo en quien confiar.

## Limpieza General

Siempre tuve la fantasía de que, una vez por mes, cuando realizo una limpieza general en mi casa, alguien me filme. Tendría un material bruto de 20 horas reloj, aproximadamente, para editar. Algunas preguntas que ensayo en relación a por qué me imagino esto son: ¿querré sentirme acompañada en un esfuerzo? ¿Qué importancia tendría ser acompañada por un ojo/cámara? ¿No es violento alguien que capta en cambio de revertir? ¿Mostrándolo sería un modo de dar batalla? Qué documentales, de qué directores, en qué salas de cine, durante cuánto tiempo exhiben el cuarto de servicio de la vida en sociedad desigual. Pan crocante, migas de pan vencido, cómo representarla sin extravagancias ni caer en estereotipos.

Cuántas personas tienen, tenemos, tuvimos, no tendríamos a cargo personas para que cuiden, limpien, realicen mandados, llenen la heladera, cocinen, laven, planchen, guarden. Quizá si las filmáramos, si nos filmaran nos daríamos cuenta del peso, simplemente que significa levantar lo que cada persona y familia deja tirado.

Y quizá si levantáramos la propia basura de cada ámbito en los que nos movemos, inauguraríamos sentidos, los renovaríamos o uniríamos partes de nosotros mismos. Rescato tres palabras: general, bruto, servicio. Escribiría un guión a partir de un trípode que sería la estructura, la pierna tercera que una familia necesita porque sus piernas no le dan, no llegan, no tienen tiempo o ganas de acucillarse hasta debajo de la cama para pasar un trapo.

A falta de un realizador audiovisual tomo un apunte de un día por mes en mi vida desde mis 23 años hasta la actualidad que tengo 43, para visualizar lo que considero una hazaña que desgasta:

7 de la mañana: terraza: saco las hojas secas, la caca de los perros, baldeo con agua y detergente el piso, los techos, limpio los vidrios del taller del lado de afuera.

7: 40 de la mañana: taller 1: plumereo los estantes, la mesa, cajas en el piso. Embalo, ordeno, guardo papeles desparramados. Limpio vidrios del lado de adentro. Paso un trapo con lavandina en el piso.

8: 20 de la mañana: taller 2: plumereo los estantes, herramientas en la mesa, descarto cosas rotas, oxidadas, que no se usan más. Paso un trapo con lavandina en el piso.

9: 20 de la mañana: Escalera: tiro entre uno y tres baldes con lavandina y detergente. Limpio la baranda. Bajo. Salgo al pasillo.

10 de la mañana: pasillo: plumereo las paredes, me subo a un banquito para sacar las telas de araña de los techos, limpio los caños de luz, la puerta de entrada del lado de afuera. Junto la basura, baldeo.

10: 30 de la mañana: dormitorio de arriba: plumereo paredes, techos, ventana. Paso un trapo al ventilador de techo. Abro el ropero. Plumereo, separo ropa sucia, doblo y guardo la limpia. Cambio las sábanas. Tiro por un pequeño balcón lo que es para lavar. Paso un trapo con lavandina al piso.

11: 30 de la mañana: baño: echo desinfectante a la bañera, al bidet, al inodoro. Enjuago. Saco cajas de un pequeño mueble, saco los objetos de cada caja, sacudo la caja, guardo los objetos limpios. Echo desinfectante en la pileta. Repaso los azulejos con un trapo con lavandina y también al piso.

12: 10 del mediodía: living: plumero las estanterías, las paredes, los techos, el sillón cama, los instrumentos. Coloco las sillas arriba de la cama. Limpio las estanterías con una gamuza. Paso un trapo con lavandina al piso. Limpio vidrios.

01: 30 del mediodía: pieza hijo: plumero ropero, paredes, techo. Ordeno juguetes. Descarto los rotos. Separo la ropa: la limpia la doblo y la guardo, dejo la sucia en un rincón junto con las sábanas. Paso un trapo con lavandina en el piso.

02: 30 de la tarde: pieza hija: plumero ropero, paredes, techo. Ordeno libros, pinturas, hojas. Separo la ropa: la limpia la doblo y la guardo, dejo la sucia en un rincón junto con las sábanas. Paso un trapo con lavandina en el piso y la escalera. Limpio vidrios.

03: 30 de la tarde: patio: plumero, riego las plantas, lavo los cachorros en los que comen y toman agua los animales. Les paso una gamuza a los cuadros. Baldeo. Limpio vidrios.

5: 00 de la tarde: comedor: plumero paredes, repisa, mesa, cubiertos. Baldeo. Limpio vidrios.

5: 30 de la tarde: cocina: descongelo heladera, limpio alacenas, descarto sobras, productos vencidos, limpio hornallas, lavo, seco y guardo vajilla. Baldeo. Limpio vidrios.

6 de la tarde: pisos: los encero.

7 de la noche: chicxs: pido que se bañen, colaboren con la comida, mesa, vemos las mochilas, los cuadernos si falta algo o tenemos que firmar alguna autorización.

9 de la noche: cena.

A partir de las 10 y hasta el día siguiente: ropa: lavo, cuelgo, destiendo, doblo y guardo. Por eso, cuando hablo con las personas, internamente me pregunto, si más allá de los libros que leemos, los paseos, las apuestas, hacemos este tipo de trabajo. A veces quisiera que sólo estas personas me den cátedra, de lo que tengan ganas, sus cuerpos guardan conocimientos que la mente de toda la sociedad calla o esconde.

## La felicidad tiene un dejo amargo

Cuando uní a mi madre con mi padre en un festejo de cumpleaños, después de 23 años de pasar el festejo de nacimiento dividido en dos, mediodía con padre, tarde con madre, al día siguiente perdí un hijo.

Después de cinco años de buscar a mi hija, quedé embarazada, me echaron de un trabajo. Una vez que tuve un trabajo, que creí era soñado, me di cuenta que el amor y el deseo también pueden desarrollarse de manera explotada de un lado y del otro de un mostrador con desniveles, me aparté del puesto y recuperé el vínculo con mi hijo.

Cuando estaba por nacer mi segundo hijo, mi hija se enfermó y, luego de un mes de internación, se salvó por el buen accionar de los médicos, el amor recibido, el azar, un milagro.

Me acerqué a lo que me pasaba me alejé de mis amigas.

Me enfermé me invitaron a un festival internacional.

Me separé sentí el calor de una amiga.

Ahorré para pintar mi casa se me rompió la heladera.

Hice una muestra. La desmonté. Se rompió el vidrio de un cuadro.

Las veces que intenté que todos bailáramos dentro de una misma ronda, no funcionó, alguno se caía.

Entonces, pienso en la palabra felicidad. ¿El significado es puro, liso, homogéneo o es mezclado, acantilado, heterogéneo? ¿Las palabras significarían una cosa, un mar de cosas? ¿Una ambivalencia? ¿Ser abrazado y querer ser devuelto a una orilla, lugar en el que observar a otros a quienes amar?

Van a ser dos años que tomé una decisión muy personal, a partir de tres nódulos que me salieron en una teta que tiene que ver con analizar las hazañas en las que una debe y quiera estar, de las que no quiere ni tiene el deber de estar.

Es increíble cómo hay personas que, cuando una toma decisiones, se alejan, otras se quedan. Y creo que, las que se quedan son las que siempre estuvieron y, las que se alejan vivían alejadas, sólo que de manera hologramática, es decir, esporádica y me hacían creer que aparecer y estar era la misma cosa.

Aparecen quienes pueden dejarse de ver. Están quienes, sin ver ni ser vistos, permanecen. Entonces pienso en la fragilidad de la felicidad. O mejor en la fortaleza, si acepto su dejo amargo, como si fueran los tragos que me gustan, los tragos que disfruto.

Hay otras palabras cercanas, alegría. Entusiasmo. Estar contenta. Y me quedo con otra, que se sale de la familia, que es estar dispuesta a lo que pasa, vaya o venga. A distinguir con qué ingredientes se hace un sabor, si me gustan que permanezcan mezclados, absorbidos, vueltos a unir y sino que pueda dejarlos, ir en busca de otros y que tenga que volver a mezclarlos.

Distinguir es una manera de disfrutar cualidades de cada persona, paisaje o cosa.

Para lo cual necesito cierta distancia para no llevar de más ni ser llevada por delante por otros.

Es como decir todo no se puede. Quién puede tener todo. Qué sentido tendría. Qué quiere decir. ¿Queremos ser santos, ser copias de dioses, de esclavos? ¿Fotocopias desgastadas de nosotros mismos?

Una planta no se conforma. Un animal tampoco.

Donde queramos ir vayamos que no sea a costa de cualquier cosa, que nos quieran o nos demuestren cariño no tenga un precio tan alto que tengamos que pagar con el cuerpo.

Obtener a pérdida.

## Literaturas

Me gustan las denominaciones en plural porque abren el juego a pensar en qué consistiría, qué significaría la literatura más acá de los manuales escolares, los cánones leídos en la universidad, lxs autorxs seleccionados en concursos, cuyos jurados son personas cercanas, a veces las mismas a la universidad, los medios de comunicación, la crítica, las grandes editoriales.

Y pienso, también, en la denominación literatura y alguna palabra que la vincule a una familia, como por ejemplo, la palabra literal. Literal vendría a ser la tendencia a cierta correspondencia entre la palabra y la cosa, entonces, cómo no podrían ser consideradas literaturas los cuadernos en los que una familia anotó recetas ancestrales, un diario íntimo de cualquier persona, una lista de regalos que un chicx pide para Papá Noel, el registro de un conversación entre amigos, vecinos, estudiantes, docentes, un parte médico, no sé, modos en los que las palabras vehiculizan la memoria, la fantasía, osadía, el debate, la confrontación.

Quizá la literatura, tal cual la conocimos en los manuales de la escuela, hacía alusión a cierta relación ficcional entre el mundo real y el mundo imaginario de los autorxs o a cierta reflexión sobre objetos, sujetos, métodos, procedimientos.

¿Habría literatura sin lectura? ¿Habría literatura sin reflexión? ¿Habría literatura sin repetir autores? Aquí escribo la palabra autores en masculino, porque es llamativo el hecho de cómo la academia, los medios, la crítica no tuvieron en cuenta las voces de las mujeres y distintas disidencias sexuales.

Y, si respondiera que sí, diríamos que habría distintas maneras de narrar sucesos más allá de saber leer, escribir o pensar sobre el objeto en sí mismo, iríamos al encuentro de, nos dejaríamos atravesar por o facilitaríamos modos de aludirlo sin caer en lugares comunes, es decir, conocidos.

Por eso, me gusta pensar en las literaturas que engendra cada persona siendo consciente o inconsciente de ello, pensar en las notas de las agendas, en los márgenes de los cuadernos, en las palmas de las manos en tanto ayuda memorias y en los encuentros orales, ya sean pautados, visitas acordadas, sorpresivas, en los pasillos, en las aulas, en los patios de los hospitales, en los comedores populares, en las casas de distintas personas. Si, en vez de erigir y hacer repetir un escalón de valores por sobre otro, estuviéramos sentados en un gran salón de actos, un parque, la misma universidad pasaría que daríamos importancia a la palabra de los vivos en vida y sus muertos. No los que fueron seleccionados, diseccionados y aleccionamos como modo de trabajo.

Quiero conocer, escuchar y hacer literatura donde me muevo.

Qué textos existen en los hospitales, los geriátricos, los psiquiátricos, las escuelas, las familias, entre los que se aman, buscan, necesitan, dan ayuda, trabajan, pasean, están al aire libre, juegan, dan de comer, van a la plaza, van a una fiesta.

Conocer para visualizar las capas. No es lineal, sola, reina La Palabra.

## Ediciones Presente

Es una editorial que la pensé en el año 2009 y que este año, corre el 2020, cumplirá 11 años.

La misma está compuesta por sobres confeccionados con papeles antiguos, moños y etiquetas. Los textos están impresos sobre hojas sueltas, de modo tal que quien adquiera el libro tenga la posibilidad de regalar algunas de las páginas, pegarlas en distintos lugares, usarlas, a su vez, cómo parte de un envoltorio, usar la parte de atrás para dejar una nota especial.

Al principio, publicaba autorxs consagrados y otros que recién comenzaban. Desde el año 2012, cuando nació mi segundo hijo, me dieron ganas de publicar antologías, reuniones de voces, proyectos, tuve la necesidad de pasar de la obra individual a la obra colectiva, reunida, amuchada.

Desde ese momento, editamos los siguientes títulos: Literatura y Maternidad, que reúne poemas de autoras en tanto hijas, madres, tías, abuelas; Baldío, que agrupa textos escritos por obreros de la construcción sobre herramientas de trabajo y por poetxs; Canciones, un libro que compila letras de distintos autores y poemas que fueron concebidos a partir de la musicalidad; El vendedor de frutas, la casa y el barco que recoge dibujos y palabras realizadas por chicxs, padres y madres cuando pasan tiempo juntxs; Duraremos más que el tiempo, Disfraz, El 22, son recopilaciones de trabajos prácticos realizados por estudiantes secundarios de escuelas públicas del conurbano, a partir de consignas que ideamos, gestionamos y realizamos con amigxs artistas.

Me gusta pensar en el devenir editorial, que no haya sido una idea fija, sino que se haya movido como la vida nos hace cambiar a las personas de rumbos, pareceres, amigos, modos de hacer y pensar.

Hay personas que se ciñen a criterios establecidos, estéticos, intelectuales, de amar, me gusta creer que una puede ceñirse a criterios por establecerse, sin que por eso, seamos menos éticos, al revés, sería posibilitar la apertura de estar con otros a medida que aprendemos, leemos, probamos, criticamos, volvemos a empezar.

El concepto que movió la editorial fue pensar la importancia de las sorpresas para la vida, en relación a recibir u ofrecer un presente, reivindicar los envoltorios, los moños y las tarjetas como modos alternativos a cómo envuelve, con qué envuelve, si envuelve, productos en serie, el mercado. Me gusta detenerme a hacer cada ejemplar a mano: acomodar las hojas, elegir papeles, mandar a hacer sobres, cerrarlos, colocar moños, recortar etiquetas, colocarlas, en fin, son acciones sencillas a favor de una permanencia más que un descarte, pensar que lo que envuelve cáscara, piel, caja lleva su tiempo, su trabajo, oportunidades de contemplación.

Esta editorial reivindica el tiempo presente en correspondencia con la diagramación de un espacio, la gestión cultural, podríamos pensarla también con la dedicación que le lleva realizar un dibujo a una persona para crear un papel. Es decir, que la producción de libros sea tan importante como los espacios de presentación, son ceremonias para estar entre pares.

Y por último, es evocar aquello y aquellxs que no están presentes. Traerlo y traerlos de la mano para compartir, alrededor de las palabras, la fugacidad.

## Tirar

Comencé por mi ropa, la vi extraña, después de 20 años había dejado de pertenecerme, de reconocerme en ella. A lo sumo un modelo para ser contemplado por generaciones futuras; recordé los vestidos de los años 60 en valijas en la casa de mi madre y pensé que dejar una o dos prendas de los años 80 y 90 podían ser curiosidades para mis hijxs.

Parecía un remolino, mezcla de furia y purificación, empecé por un cajón y seguí por otro, más otro hasta llegar a los zapatos. Elegí dos pares, uno para el invierno y otro para el verano. Lo demás sería una renovación.

Después continué por la cocina, repleta de botellas, vasos de plástico de los cumpleaños, repasadores, manteles, cubiertos, delantales todo a una bolsa oscura en la que cada objeto se acomodaría como podría.

Al día siguiente, viajé de casualidad a la casa de mi infancia y cuando abrí el ropero saqué todo lo que había dentro: ropa de un bebé que perdí, regalos que le hicieron a ese bebé, las carpetas del jardín de mis hijos, tan livianos en ese entonces, se volvían pesados a partir de esa pila de cartones, un cesto de basura de lata con hermosas imágenes en el que había guardado, no sé bien por qué, botellas con agua de distintos lugares, Cuba, México, Mar del Plata, los lagos del Sur. Quise seguir por las cajas de archivo en las que guardo fotocopias de la facultad, fotos, casetes, materiales de trabajo, cartas, agendas completas desde que tengo 12 años hasta la actualidad y me detuve. No me arrojé tan deprisa. Pensé. Por qué me cuesta desprenderme de esto que tampoco soy yo ahora, son mis casas de papel en las que me refugié de tantas situaciones y momentos que no quise, con las palabras leídas y escritas yo construí una mansión, un castillo, una habitación, un escritorio en el que me aferré a ellas.

Luego volví a mi casa, subí a mi taller y se encendió una linterna con la forma de un insecto iba enfocando la pila de cajas que me encajonaban. Entonces, abrí y seguí tirándome por un hermoso tobogán, todavía no sé cuándo y dónde termina y abrí una que contenía folletos de muestras recorridas; otra con materiales de trabajo: latas, telas, óleos reventados, óleos cortados, vencidos; fotocopias de posgrado; juguetes; series de obras que hicieron posible algunas que me gustan, hay que pasar, a veces, por túneles que tardan años y después di vuelta la mesa en la que trabajo, quedó blanca sin el velador porque también estaba roto. Y coloqué un recipiente afuera de la ventana con agua y azúcar con el deseo de que algún colibrí se acerque. Ahora, que se pueden abrir las ventanas porque, hasta que no tiré las cosas que hacían mi vida pesada, tampoco podía abrirlas porque estaban trabadas con cuadros y objetos de todo tipo. Las cosas pueden ser hermosas y atroces, un saco que tapa un cuerpo herido. Y el hecho de tenerlas es, en algún momento, verlas. En cambio, si las tiramos, regalamos, donamos, dejamos de verlas, están en paz, son libres.

Qué mal podemos vivir si nos acostumbramos a acumular lo que nos rodea, aunque sea agradable es tramposo.

Saqué 10 bolsas de consorcio de un espacio que tienen 10 metros cuadrados. Me di miedo.

Bajé las escaleras con cuidado para no caerme, cada una pesaba más que yo. Si las multiplicaba en mi taller, había un monstruo que superaba 10 veces el tamaño de mi cuerpo. Por qué dejar hacer semejante cosa a la imaginación.

Para que haya obra posible tiene que haber un espacio, puede ser obra de arte, de pareja, con los hijxs, con otrxs, de lo contrario, los materiales hacen una obra con nosotros, hasta asfixiarnos, pasamos a ser objetos de una desinteligencia o una inteligencia desgraciada.

## **Explosión, explotación, exploración**

El supermercado chino no tiene nada de súper, si por súper entendemos algo estupendo, extraordinario. De los que conozco sucede al revés. Es una contradicción denominar de una manera algo que una cosa no es. ¿Podríamos decir, qué rica torta a una hecha con pasto seco o qué hermoso día si hay tormenta eléctrica o qué bien me queda un pantalón si es el único que tengo? En fin, un supermercado chino es un inframercado o un supermercado que produce una vida infrahumana para quienes trabajan.

Voy al de Av. Nazca y Beláustegui en el que desde hace dos años trabaja una pareja con dos chicos. Desde hace unos meses veo sólo uno, quizá el otro, se haya ido a vivir con un familiar que pudiera atenderlo. A partir de las 8 de la mañana y hasta las 11 de la noche, viven allí, a la vista de todos, comen, trabajan, ofrecen al niño juguetes para que se entretenga, se pelean. Claro, cómo no pelear si no tienen vida por fuera del trabajo, su vida es el trabajo, una vidriera abierta, casi, las 24 horas. El otro día, el marido revoleó una bolsa de caramelos por el aire, la mujer la atajó y la tiró a un costado, miró el celular y pasó los productos que llevaba por la máquina registradora.

Ayer explotaron los dos menos el nene que estaba jugando con una paleta para matar moscas.

Entonces, me pregunto, cómo no se va a producir una explosión de gritos y nervios en una pareja, una familia si están explotados. La esclavitud existe y está en cada cuadra en la que existe un inframercado.

¿Cómo sería ayudarlos? ¿Nos entenderíamos pese a hablar idiomas distintos? ¿Se puede ayudar a todo aquel que necesita? ¿De qué viviríamos? Si decimos: me comprometo con determinada causa, ¿tengo tiempo y dinero para comprometerme con más? Si sólo puedo con una, qué hacemos con estas injusticias que vemos.

Las personas disfrutan de programas como el gran hermano o los programas de chismes, es decir, la vida desnuda de personas que se convierten en distinguidas, por el hecho de estar en un set de televisión, pero vemos todos los días la vida en vidrieras de estas personas y no nos inmutamos. Porque detenernos en personas comunes, ¿nos desnudaría? Yo creo que sí, por eso preferimos la televisión, los celulares, las redes sociales. Son realidades al desnudo que no nos desnudan, realidades que nos protegen detrás de una pantalla, el mundo roto.

Entonces me digo, si no puedo ayudarla concretamente con algo sustancial que cambie la vida de la china para siempre, por lo menos, la voy a mirar como si entendiera lo que le pasa aunque nos separe la lengua y la vida. Con mi pensamiento le transmito algo así, como: tiren los dos las bolsas de caramelos por el aire, que quede un pegote desde la calle hasta la última heladera y que, a los consumidores nos dé repulsión el aroma de caramelo mezclado con el polvo de la suela de los zapatos. Que seamos parte de ese mejunje y no podamos pedir que venga alguien a limpiar sino que seamos nosotros los que miremos las vidas desiguales, unos lo venden, otros lo comen, todos pisamos la realidad. Sería explorar la explotación generando antinomias compinches.

Cómo sería el amor con tiempo y dinero. Tiempo, trabajo, padre, madre e hijo en la intimidad. ¿No es acaso un derecho?

## **Hablando la gente no siempre se entiende**

Quién dijo que hablando las personas se entienden. A mí me pasa, a veces, al revés, se ensancha una distancia, se profundiza un pozo, se rompe una relación.

Menciono tres situaciones comunicativas: una, a los siete años, aproximadamente, tuve que ir a un juzgado, a partir de la separación de mi madre y mi padre en la que un juez de menores preguntaba algo así como: ¿usted lo quiere a su padre? Qué increíble que recuerde este modo de referirse a un niño, sin tutearlo ya es infundir miedo. Y yo contesté que sí; entonces prosiguió, ¿cómo es posible que si lo quiere no quiera a la mujer que él eligió? Y ahí se terminó el encuentro. En ese momento, no tenía palabras, había quedado muda. Hoy podría haber dicho porque la mujer que eligió mi padre no me quiere. Y, seguramente, ganaban ellos de todas formas porque los test psicológicos, las entrevistas, los dibujos que hacíamos se interpretan a favor de quien tenía voz, un padre y no a favor de un hijo que no la tiene o la tiene de un modo condicionado, no incondicional. Yo en ese momento supe, que el amor de mi padre hacia mí era condicionado no incondicional, algo que después con el tiempo, desde las antípodas de la existencia defendí para tomar distancia de él y su familia. Es raro decir, su familia, porque la familia que una persona arma podría ser la nuestra, siempre y cuando, se asuma la totalidad de los miembros, pasados, presentes y por venir. Si por familia se entiende el círculo nuevo, desconociendo el viejo, es decir, el amor o lo que haya habido antes, entonces no es familia ni es amor, es eso, un grupo de desconocidos que se comporta como si se conociera.

A los 27 años tuve una entrevista de trabajo en una dependencia gubernamental, me iba a entrevistar el director de un área cultural, tenía que llevarle la propuesta a realizar, llegué a horario, con la carpeta en mano y cuando cerró la puerta, después de proponerme trabajos que no eran los que me imaginaba, por ejemplo, uno consistía en acompañarlo a una feria en otro país, cuando estaba por irme, cerró la puerta de la oficina y se me tiró en encima. Todavía hoy, no sé cómo hice para sacarme el peso de ese cuerpo, el despotismo de una voz.

A los 39 años me despidieron de un trabajo por preguntar cómo era posible que se llevara a cabo una reunión sin un compañero con el que había trabajado duro durante dos años. Nadie explicó el por qué, tenía que obedecer órdenes son tan arbitrarias como el mismo lenguaje para acceder a un nuevo puesto que me iban a asignar.

Cuando pregunté el por qué, la respuesta fue, tenés que seguir las directivas de tu nuevo jefe.

Entonces es mentira que las personas hablando nos entendemos, el lenguaje es un disparate, al que hay que transformar en disparos. El lenguaje no es solamente claridad, paz, bondad, buenas intenciones. Es despiadado, perseguidor, engreído, insulso, chupamedias, denigrante, no viste el lenguaje, a veces, no protege, desnuda al que ya lo está. Me pregunto por las palabras: intereses, interacciones, intersecciones. Tomo esta última, que me lleva a la de injerto, no sé por qué, pero me gusta, no me inquieta y pienso en las plantas, la mano que recoge un tallo, rama o flor caída y la envuelve a un tronco, si el lenguaje fuera un sostén plácido, paciente, un paraíso combativo desde una altura cierta. En el piso pasan cosas repugnantes. Llevás por delante lo que dejaste de ver.

## **Crecer: acrecentar establecer**

Después de haber tirado toneladas de cosas que fui, me pregunto por la tensión entre acrecentar y acumular saberes, destrezas, folletos, correspondencia y la de establecerme en un área específica, un trabajo.

Quizá la cantidad de cosas aluda a cierta volatilidad, ir de acá para allá, el picoteo, sentir terror al encierro. Sin embargo, el hecho de tener aventuras amorosas con las cosas, los cursos, talleres, muestras, lecturas, no deja de llamarme la atención respecto de por qué no permitirme, una pareja, cierta monogamia, estabilidad afectiva que me posibilite conocer otras formas de mi ser en relación a un lugar fijo.

Pienso en amigos que estuvieron muchos años sin querer casarse, convivir, tener hijxs y quizá cuando entendemos que el encierro está en nosotros le damos la bienvenida a la persona o a la oportunidad laboral, que se nos presenta, de cuyas manos podemos agarrarnos para no temer.

El otro día, volvía de una reunión en la facultad con dos compañeras y festejábamos la posibilidad de cursar posgrados, maestrías, doctorados pudiendo abonar el 50% por pertenecer a una casa de estudios.

Al día siguiente, pensé en si esta posibilidad, en mi caso particular, sería para aceptarla o dejarla pasar.

Quizá, justamente, mi crecimiento tenga que ver con la capacidad o incapacidad para estar en una cosa y no en cuatro materias a la vez por cuatrimestre.

Y enseguida siento un alivio.

De empezar a elegir distinto.

Quizá lo que me dé estabilidad material retraiga cierta volatilidad anímica.

No es igual a ver un pájaro dentro de una jaula.

Dar clases en una universidad es lo contrario.

La libertad.

Especie de cúpula reservorio de miles de formas de pensar y actuar.

Un compromiso, a partir de un calendario en el conurbano bonaerense.

## Qué expresión sería contraria a Vida Cotidiana

Hace unos meses, hablando con una amiga periodista, me decía que yo trabajaba con temas de la vida cotidiana. Y me quedé pensando en qué sería abordar o trabajar sobre temas no cotidianos y si eso es posible.

¿Lo cotidiano sería un antónimo de extraordinario? ¿Por ejemplo, realizar un viaje real o simbólico? En ese caso, yo trabajaría con temas de la vida cotidiana puesto que nunca viajé, en términos reales, salvo a tres países en tres oportunidades muy lejanas y, que en mi casa, también, tengo un tiempo acotado para escribir o pintar porque no cuento con dinero para que otras personas realicen tareas de cuidado o de mantenimiento, de modo que disponga de más tiempo para viajar de manera imaginaria.

Esto se dio por falta de recursos, elecciones que no tuvieron que ver con hacer plata, falta de deseo, se ve también, en conocer otros lugares.

Ahora, me pregunto por la definición de cotidiana y las acepciones que asocian la vida con situaciones habituales, naturalizadas, regulares, fijas, usuales.

Y si fueran éstas, yo trabajaría desde las antípodas.

Quizá, por lo que mencionaba más arriba, para mí no habría distinciones entre la vida cotidiana y una no cotidiana. La vida es una con sus placeres y sus deberes, escribimos y cocinamos, pintamos y lavamos el baño, salimos con amigxs y tenemos que estar todos los días a determinada hora en la puerta de la escuela si decidimos tener hijxs.

Claro, que podemos viajar a otras ciudades y también investigar temas singularísimos, mirar televisión pero no es lo único que lxs seres hacemos y, quizá esta diferenciación, este objeto de estudio de la antropología cultural, la sociología de la cultura y la comunicación social se relaciona más bien con desigualdades económicas y simbólicas. En relación a que unos accedan a lo extraordinario y otros trabajen para que eso suceda.

Los viajes que hicieron nuestros próceres nacionales, sus formaciones en el exterior, el aprendizaje de otras lenguas, en fin, mientras que el grueso labraba la tierra, atendía el ganado, impartía clases, administraba asuntos para la constitución del estado.

Arriba y abajo es una posibilidad del poder, la convivencia, el amor.

Que los cuerpos estén en el mismo nivel tampoco garantiza un registro del otrx. Cuantas veces estamos o están las personas a la vista de todos y eso no significa que sus reclamos se escuchen o se registre un problema donde se festeja una tontería.

Cara a cara es otra.

Así, la vida cotidiana se vuelve extraordinaria para mí. Lo que dibujo, escribo y vivo.

En este sentido, es algo extraño, alejado, lejano, atípico, preguntado, invertido, desacreditado, irregular, deformado, reformado, reconstituido, rayado, retapizado, móvil, danzante, ambulante, frágil, potente, irreverente, inusual, atípico, cocoliche, atrevido, divertida, extravagante, excéntrico, anti apariencia.

El taller, el atelier, el estudio, el aula es el reverso de la cocina, el baño, los mandados, la comida, los cuidados.

## ¿El silencio es una respuesta?

Desde que me recibí, hace 20 años, y tuve que salir al ruedo para buscar trabajo, envié un sinfín de mails.

Fueron tantos. Infinitos. Que perdí la cuenta.

Siempre empezaban con la palabra Estimados y culminaban con la frase

Desde ya, agradecería que me tuvieran en cuenta.

La mayoría de las veces no tenía ninguna respuesta.

Mis palabras parecían rebotar en el éter y volver transformadas en un eco de silencio.

Hubo excepciones, siempre las hay, del tipo:

Recibido. Reenviaremos su correo a RRHH por si existiera una posibilidad.

Cuando me recibí fui muy inocente.

No sabía que conseguir trabajo no se relacionaba tanto con las palabras sino con los cuerpos. La fricción. La reunión. Los pedidos cara a cara. El pogo. El amontonamiento.

Cuando quise dedicarme al arte me pasó lo mismo.

No sé cuántos mails envié, ya perdí la cuenta, en los que preguntaba si recibían carpetas para mostrar, manuscritos para publicar.

Y algunas veces obtuve respuestas, algunas escuetas: no, no estamos recibiendo material.

Y luego, me daba cuenta que seguían saliendo libros de esa editorial, por ejemplo.

Otras extensas: respuestas en las que alguien se había tomado el trabajo de leer un manuscrito y me daban las razones por las cuales no estaba listo para publicar.

Otras confusas: podría ser, pero escribinos más adelante.

Otras sinceras: tu material no nos gustó, tu obra no se relaciona con nuestro catálogo.

Y, de otras, sólo hubo silencio.

¿Qué tipo de respuesta es el silencio?

es un No, no dicho.

Y lo no dicho, lo no explicitado hace que uno haya quedado expuesto frente a otro que, entendió, podía gustarle lo que hacía.

El silencio como respuesta es un gesto que desnuda más que cualquier palabra pasajera, desprolija, que nos hiere.

El no decir es ignorar, hacer de cuenta que nadie hubo ni preguntó nada, es un sobretodo que apaga una pregunta.

Siempre preferí las palabras.

Contestar, como se pueda, si te piden.

Me pasa con lxs estudiantes, mis hijos, personas ilusionadas en publicar.

Si una ve que no puede colmar al otrx, no obstante, podés guiar, sugerir, oír.

El silencio es el borramiento de la escucha.

¿El lenguaje es un medio o es un fin?

## Copa helada: Gabriela Mistral

Me pasa con las películas. Con la música. Con los libros. No siempre ocurre una emoción. Es a veces. Quizá sea una conjunción especial entre el estado de ánimo, lo que se mira, se escucha, se lee, el lugar en el que estamos, cómo es el día.

Ayer, a partir de la lectura del libro *Pasión de Enseñar* de Gabriela Mistral, me pasó como antes con pasajes de Simone Weil y Rodolfo Kusch. Sentí que cada palabra movía de sitio la baldosa en la que estaba parada. Y agradecí a la librera Vilu Corradetti por haberlo elegido y dispuesto en la mesa principal de su local. Porque puede que existan obras increíbles pero, si no contamos con personas que nos las ofrezcan, es imposible llegar a ellas. Pensé en los libreros que aman su oficio, cómo acomodan los materiales que llegan en cajas, las desenvuelven y los agarran de una manera especial, como si quisieran que, en dos manos, entraran decenas de piedras preciosas. Y luego, tienen a cargo un trabajo de clasificación que puede ser comercial o inventado, como en el caso de *Libros que Van* en Gonnet, los libros se distribuyen en las mesas pareciera que, partir de las tipografías, lomos y colores. Una puesta y una apuesta a la vez. Y, finalmente, ofrecen material porque lo conocen como si fuera una parte de su cuerpo.

Me pasa que cuando me emociono quiero actuar, no puedo estar sentada.

Y pensé en crear un encuentro, un congreso, una clase, ¿un altar? en una escuela, en la plaza, en una universidad para que se conozca este libro. Leerlo en boca de especialistas, poetas, niños, público en general, hasta que queramos.

Cartas, poemas, comentarios, con una voz despejada, sin recuerdos y las ganas de probar algo poco conocido e importante.

Hasta que tenga la posibilidad de realizarlo quiero quedarme con una imagen que tuve a partir de la lectura: un helado, de los sabores que a cada uno le gusten y que, al probarlo, sintamos la dicha expansiva de la boca, la cuchara, el recipiente en el que está, la heladera, la máquina que lo revolvió, la persona que lo vendió, la persona que lo ideó y lo probó.

A cada unx le pertenecerá una porción de algo rico, hermoso, inolvidable.

## **Tamara Domenech**

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

[tiempodorado.com](http://tiempodorado.com)

[www.instagram.com/tadomenech](https://www.instagram.com/tadomenech)

[www.instagram.com/ediciones.presente](https://www.instagram.com/ediciones.presente)